SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Su Alteza Imperial.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

ENRIQUE MORERA y AMADEO VIVES

Representada por primera vez en el **Teatro de Price**
el día 14 de Marzo de 1903.

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

5

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sualtezaimperial00more

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

SU ALTEZA IMPERIAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Su Alteza Imperial.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

ENRIQUE MORERA y AMADEO VIVES

Representada por primera vez en el **Teatro de Price**
el día 14 de Marzo de 1903.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1903

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cristeta	D.ª Lucía Vela.
Sofía	» Vicentina Silvestre.
Bernarda	» Pilar Galán.
Una Moza	» Amparo Guillot.
Guillermo	D. Valentín González.
Valentín	» José Gamero.
Ferrando	» Ramón Navarro.
José	» Ernesto Hervás.
Fajardo	» Elías Peris.
Carmín	D.ª Africa Lázaro.
Un Mozo	D. Antonio Barragán.

Ocho ministros, mozos y mozas, damas, caballeros, soldados y pajes.

La acción en una época imaginaria y en un país no menos imaginario que la época.

ACTO PRIMERO

Zaguán de una hostería. Portón grande al foro. Dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda. Es de noche.

ESCENA I

JOSÉ.—MOZOS y MOZAS.

Música.

MOZOS. (Dentro.) Cantando nuestros amores
andamos por esas calles,
que sin mujeres no hay rondas
y sin amor no hay cantares.
Asómate, dueño mío,
al oir mis dulces quejas,
y alúmbrame con tus ojos,
que está la noche muy negra.
Al pasar por tu calle
siento un mareo
que luego se me quita
cuando te veo.
No digan que jugamos
al escondite.
¡Asómate, si quieres
que se me quite!

722833

MOZAS. (Dentro.) Cantando coplas de amores
los mozos rondan las calles
y el corazón se me ensancha
al escuchar sus cantares.

(Salen todos á escena por el portón del foro.)

CORO. Aquí estamos todos,
señora Bernarda,
pidiendo jolgorio,
buscando belén;
aquí lo florido
del pueblo la aguarda,
por ver si se luce
tratándonos bien.

JOSÉ. Orden, amigos,
no es conveniente
portarnos mal
con la hostelera
más complaciente
del arrabal.

CORO. Tú estás prudente
porque algún día
serás el dueño
de la hostería.

JOSÈ. Ya no es posible
ser hostelero,
ya no me admiten,
ya no lo espero.
La ingrata que juraba
que me quería
va perdiendo el cariño
de día en día
y el desprecio me mata
las ilusiones,
porque se han separado
los corazones.
¡Cantad, amigos
y compañeras,
á ver si salen
las hosteleras!

TODOS. Cantando nuestros amores
andamos por esas calles,
que sin mujeres no hay rondas
y sin amor no hay cantares.

Da pena que juguemos
al escondite;
asómate, si quieres
que se me quite.

ESCENA II

DICHOS.—BERNARDA.—CRISTETA.

Hablado.

BERNAR. Bueno, bien; basta de alboroto. Yo os esperaba, pero no tan pronto ni á todos juntos.

JOSÉ. Pues eso era de suponer, señora Bernarda. Venimos pronto para que la fiesta con que queréis obsequiarnos sea más larga, y venimos juntos porque nadie se ha ido á casa desde la romería.

BERNAR. ¡Ah! ¿Todos habéis estado de romería?

JOSÉ. Naturalmente.

BERNAR. ¡Pues buenos vendréis!

JOSÉ. ¡Ya lo creo que venimos buenos! Hemos bebido poco y no hemos bailado casi nada, para hartarnos aquí de bebida y de baile y celebrar como es debido el cumpleaños de Cristeta.

CRISTETA. Gracias.

JOSÉ. No hay de qué darlas. Lo que yo siento es que tú no podrás divertirte mucho.

CRISTETA. ¿Por qué?

JOSÉ. Porque como Valentín, por lo visto, no ha venido todavía...

BERNAR. Ni falta que hace. Me va cargando ya Valentín y estoy por despedirle en cuanto venga.

CRISTETA. ¡Madre!

BERNAR. No hay madre que valga. ¿Qué crees, que no le he conocido á ese ganapán las intenciones? Hace apenas una semana que le tomé á mi servicio para guardar el ganado que nos dejó tu padre, y ya se le ha puesto en el magín quedarse con el ganado y con la ganadera.

CRISTETA. Os equivocáis, madre. Valentín es muy bueno y no ha pensado semejante cosa.

JOSÉ. ¿Que no? Pues ¿por qué se ha enamorado de ti en seguida?

CRISTETA. Por... pues por eso, porque se ha enamorado. Porque se conoce que le gusto mucho.

BERNAR. ¿Le gustas, eh? ¡Pues á mí no me conviene que le gustes!

JOSÉ. Y tenéis mucha razón, señora Bernarda. Ese zagal, que parece tonto, es un pillo que trata de engañar á ésta.

CRISTETA. En último caso no sería él solo.

BERNAR. Bueno; basta de conversación. Mañana le envío á cuidar ovejas á otra parte.

JOSÉ. O si no dejadlo de mi cuenta.

CRISTETA. ¡Tú! ¿Qué vas tú á hacer?

JOSÉ. Que él mismo se vaya.

CRISTETA. ¡Te guardarás muy bien de tocarle al pelo de la ropa!

JOSÉ. No; si no hace falta que nadie le toque. Con un par de sustos como el de esta tarde, yo te aseguro que pone pies en polvorosa.

CRISTETA. ¿Qué le has hecho?

JOSÉ. Nada; una broma de las nuestras, ¿verdad? (A los mozos.) Puesto que la señora Bernarda no está contenta con Valentín, no habrá inconveniente en contárselo.

BERNAR. A ver, á ver, ¿qué ha sido?

JOSÉ. Veréis. Ya sabéis que, según cuentan las viejas, en el fondo del lago de los Alamillos habita un hada que atrae con sus cánticos á los pastores, para cogerlos descuidados y zambullirlos en el agua.

BERNAR. Sí.

JOSÉ. Pues bien; al caer la noche, cuando estos y yo volvíamos de la romería por el atajo, vimos una sombra en el sendero que va á parar á la laguna. Era Valentín, que buscando sin duda el rebaño se había perdido en la montaña. En seguida se nos ocurrió una cosa.

CRISTETA. ¿Cuál?

JOSÉ. Darle un baño para que se le pasara el miedo.

CRISTETA. ¡Bárbaro!

JOSÉ. Tú tienes la culpa de que lo sea. Este (por un mozo), que sabe imitar muy bien el canto del buho, empezó á soltar graznidos; éstos y yo nos desparramamos por el bosque y graznamos también como si fuéramos el eco, ¡y hubierais visto al zagal corriendo por la orilla del lago como si le persiguieran almas del otro mundo hasta que cayó de rodillas con los brazos en cruz y empezó á llorar como una criatura!

BERNAR. ¿Y qué hicisteis entonces?

JOSÉ. Nos acercamos á él todos sin dejar de graznar. El seguía temblando que era cosa de morirse de risa, y por último nos cogimos de las manos para hacer corro dejándole en medio, y rompimos á bailar en rueda chillando como diablos.

BERNAR. ¡Infelíz! Se habrá muerto del susto.

JOSÉ. No señora; no ha hecho más que desmayarse y allí le hemos dejado como un leño. ¿Verdad que ha tenido gracia la broma?

CRISTETA. Eso ha sido una infamia.

JOSÉ. Y más haré si te empeñas en quererle.

CRISTETA. Y más le querré cuanto más hagas. ¡Ese abandono es una villanía! ¡Vamos á buscarle ahora mismo!

BERNAR. ¿Que dices? ¿A buscarle? ¡Tú estás loca! Enviaremos á Damián para que lo traiga. Y entre tanto, ¡adentro todos! El tonel de lo más añejo espera.

JOSÉ. ¡Bien dicho! ¡Viva la señora Bernarda!

TODOS. ¡Viva!

JOSÉ. No serás suya jamás, ¿entiendes?

CRISTETA. Pues tuya, con lo que acabas de hacer, menos.

ESCENA III

DICHOS.—FERRANDO.—SOLDADOS.

FERRAN. Deténgase la buena gente.

BERNAR. ¡Calle! ¿Qué trae por esta casa el señor comisario?

FERRAN. Servicio de la república. Contestad y pronto.

BERNAR. Preguntad antes, sí os parece.

FERRAN. ¿Qué hace aquí reunida toda esta tropa?

BERNAR. Ahora nada todavía. Dentro de poco cantar y divertirse para festejar el cumpleaños de mi hija Cristeta.

FERRAN. ¿Todos son vecinos del arrabal?

BERNAR. Todos.

JOSÉ. Y buenos servidores de la república, señor comisario.

FERRAN. Pues si lo son voy á darles un consejo. Que no salgan de aquí en toda la noche.

BERNAR. ¿Por qué?

FERRAN. Porque las patrullas tienen orden de hacer fuego sobre los grupos.

JOSÉ. ¿Eh? Pues ¿qué pasa?

FERRAN. Nada; cuatro locos que intentan restaurar el imperio vienen conspirando hace unos meses, y para esta noche preparan una asonada.

BERNAR. ¿De veras?

FERRAN. Pero la policía tiene los hilos, y el pretendiente habrá caído en nuestro poder antes de que amanezca.

JOSÉ. ¡Cómo! ¿El pretendiente?

FERRAN. Sí; la policía está segura de que ha pasado la frontera para ponerse al frente de los revoltosos. ¿Qué forasteros tenéis en la hospedería?

BERNAR. ¡Cómo! ¿Sospecháis?

FERRAN. No sospecho nada. Contestad en seguida.

BERNAR. Pues bien, no hay más que uno.

FERRAN. ¿Cuál de éstos es?

BERNAR. No está aquí. Es el señor capellán del castillo de Villa Torres.

FERRAN. ¿El capellán? Que se presente al momento. La policía sabe que el titulado príncipe vive disfrazado hace días en una casa del arrabal. El disfraz es lo que no sabe la policía.

BERNAR. Bien, pero éste no puede ser, señor comisario. El capellán es un viejecito que apenas puede tenerse en pie.

FERRAN. No importa; que salga.

BERNAR. Cristeta, avisa al huésped que desea verle el

señor comisario. (Vase Cristeta primera derecha.)

JOSÉ. A la señora Bernarda se le ha olvidado otro forastero que está en su casa.

FERRAN. ¡Hola! ¿Hay otro?

BERNAR. ¿Quién?

JOSÉ. ¡Valentín el zagal! Se presentó hace ocho días y ninguno sabemos de dónde viene.

BERNAR. ¡Pero Valentín no es el príncipe!

JOSÉ. ¡Quién sabe!

BERNAR. ¡Qué más quisiera él!

FERRAN. Que venga ese zagal.

JOSÉ. No puede ahora.

FERRAN. ¿Por qué?

JOSÉ. Porque le hemos dejado tendido á la orilla del lago.

FERRAN. Que vayan á buscarle.

BERNAR. Irán ahora mismo, pero yo os aseguro...

FERRAN. No aseguréis nada. Y en cuanto le traigan, vosotros me respondéis de que no ha de escaparse.

JOSÉ. Descuidad. Eso es cuenta mía. (Se presentó la ocasión para la venganza.)

BERNAR. ¡Pobre Valentín! Esta ya es demasiada broma.

ESCENA IV

DICHOS.—CRISTETA.—GUILLERMO. (Muy viejo, traje eclesiástico de camino.)

GUILLER. ¿Son estos señores los que me buscan?

FERRAN. Nosotros. Servicio de la república.

GUILLER. ¿Y qué quiere la república de este humilde siervo de Dios?

FERRAN. Nada, con veros basta. Y perdonad la molestia, padre.

GUILLER. No hay molestias cuando se trata de servir á la patria.

FERRAN. ¿Sois el capellán de Villa Torres?

GUILLER. Para serviros, señor comisario. Si deseáis ver mis papeles...

FERRAN. No, no es preciso. Retiraos y dispensad.

GUILLER. Gracias. La paz sea con vosotros.

FERRAN. Amén. (Guillermo bendice á los circunstantes y se retira.)

BERNAR. ¿Véis cómo yo os decía?

FERRAN. Sin embargo, toda precaución es poca. Conque ya lo sabéis, seguid vuestra diversión y no salgáis en toda la noche. Muchachos, en marcha. Y en cuanto el zagal llegue...

JOSÉ. No le dejaremos salir sin que le hayáis visto. (Vanse Ferrando y los soldados.)

BERNAR. Vaya, adentro. La velada va á ser más larga de lo que creíamos.

JOSÉ. Mejor. Caerá el tonel entero. (Empieza á retirarse el coro segunda izquierda.) ¿Bailarás esta noche conmigo, Cristeta?

CRISTETA. Ni contigo ni con nadie. ¿Qué hablabas de Valentín con el comisario?

JOSÉ. Nada; que quiere verle. Pero no temas, por ese lado no corre peligro.

CRISTETA. ¡Ay de ti si le corriera! (Medio mutis.)

JOSÈ. Oye. (Deteniéndola.)

CRISTETA. ¿Qué quieres?

JOSÉ. Puesto que no has de bailar conmigo, concédeme un minuto de conversación.

CRISTETA. No puede ser.

JOSÉ. Será, porque lo necesito. (Se interpone rápidamente entre la puerta y ella.)

ESCENA V

CRISTETA.—JOSÉ.

Música.

JOSÉ.
Puesto que distraídos
están los convidados
y nuestra ausencia ahora
ninguno ha de notar,
quiero salir, Cristeta,
de afanes y cuidados,
y quieras ó no quieras
me tienes que escuchar.

CRISTETA. ¿Qué vas á decirme?

JOSÉ. Que tu amor espero
porque todavía
por tu amor me muero.

CRISTETA. Siento que engañado
me hayas detenido
para darme quejas,
para hablar de amor,
porque entre nosotros
todo ha concluído.
Deja libre el paso,
hazme ese favor.

JOSÉ. Oye, mujer,
no puede ser
á quien tanto has querido, de pronto
dejar de querer.
Oye de mi pecho las amargas quejas,
vuelva á ti la llama del antiguo amor.
Si en la duda horrible sin piedad me dejas,
el remordimiento te dará dolor.

CRISTETA. Siento que engañado
me hayas detenido
para darme quejas,
para hablar de amor,
porque entre nosotros
tono ha concluído.
Que me dejes paso
pido por favor.

JOSÉ. Tu enojo sin motivo
me incita á la venganza,
y el que de mí te aleja
mi furia ha de temer.
Tú no podrás, mi vida,
quitarme la esperanza,
porque es un imposible
dejarte de querer.

CRISTETA. Aparta, quita.

JOSÉ. ¿No me querrás?

CRISTETA. ¡No he quererte
nunca jamás!

JOSÉ. } Oye de mi pecho las amargas quejas, etc.
CRISTETA. } Siento que engañado me hayas detenido, etc.

(Al terminar el dúo, vase Cristeta huyendo segunda izquierda.)

ESCENA VI

JOSÉ.—Luego MOZOS.

Hablado.

JOSÈ. Está visto. Me desprecia tanto como me quiso, es decir, tanto como dijo que me quería... ¡No hay modo de entender á las mujeres! ¿Qué habrá visto Cristeta en ese gañán sucio y desharrapado que se presentó aquí casi pidiendo limosna para preferirle á mí, para dejarme plantado sin explicaciones? ¡Ah! Las muchachas... unas veces desdeñan á los humildes para admirar y querer á quien las domina y las manda, y otras veces se ríen de los hombres para entregarse á los muñecos. ¿Habrá sido la compasión? ¡Sí! La compasión ha sido. Vió un pobre pastor abandonado y miserable y se empeñó en protegerle... Y cuando las mujeres se empeñan en proteger á un infeliz no paran hasta hacerle dichoso... Pero este no se va á salir con la suya. Estoy resuelto á todo con tal de quitarle de en medio. (Dirigiéndose á la segunda izquierda y llamando). Sebastián, Nicolás, Eugenio... ¡venid todos! Hay que hacer algo para que antes de concluir la velada el zagalillo ese no esté en la hospedería aunque haya que enviarle á los infiernos. (Salen los mozos.)

Mozo 1.° ¿Qué te pasa? ¿Qué haces aquí solo?

JOSÉ. He estado hablando con Cristeta.

Mozo. ¡Pues buena la has hecho!

JOSÉ. ¿Por qué?

Mozo. Porque nos has echado á perder la velada. La chica ha entrado desatinada y furiosa, y á las primeras palabras de su madre ha echado á correr y se ha metido en su cuarto diciendo que no está para fiestas.

JOSÉ. ¡Hola! ¿Eso ha dicho?

Mozo. Y eso ha hecho. La señora Bernarda, que tie-

ne malas pulgas, ha corrido detrás á traerla de grado ó por fuerza, y... el caso es que han dejado á los convidados solos.

JOSÉ. ¡No importa, todo se pasará!

MOZO. Nosotros habíamos pensado marcharnos á casa en vista del desaire; pero en cuanto uno asome las narices se expone á que le suelten un tiro...

JOSÉ. Además, tenemos que hacer aquí esta noche.

MOZO. ¿Qué tenemos que hacer?

JOSÉ. Algo para que yo pueda vivir tranquilo. ¿Ha ido Damián á buscar á Valentín?

MOZO. Sí, pero lo probable es que, en cuanto formen grupo, los fusilen á la vuelta. Ya has oído al comisario.

JOSÉ. Entonces no tendríamos que hacer nada. Pero si vuelven hay que encontrar el medio de que el zagal no vuelva á ver á Cristeta. Necesito de vosotros.

MOZO. ¿Tú has pensado algo?

JOSÉ. He pensado avisar al comisario, y decirle todos que sabemos de cierto que Valentín es el pretendiente disfrazado de pastor, para que le corten el cuello en seguida

MOZO. Eso es una barbaridad.

JOSÉ. ¿Por qué?

MOZO. Porque es una barbaridad, y además porque á la vista salta que Valentín no es pretendiente más que de Cristeta.

JOSÉ. Pues eso es lo que se me ocurre.

MOZO. Aguarda, tengo una idea.

JOSÉ. A ver.

MOZO. La cuestión es que el zagal no vea á la chica y la chica no vuelva á ver al zagal, ¿no es eso?

JOSÉ. Justo.

MOZO. Pues es muy fácil. En cuanto llegue le cogemos, le atamos y le echamos al río.

JOSÉ. ¡Hombre! Esa es una barbaridad más grande que la otra.

VALENTÍN. (Dentro.) ¡Socorro! ¡Ay!... ¡Socorro!...

JOSÉ. ¡El!

MOZO. Sí; parece su voz.

VALENTÍN. (Dentro.) ¡Auxilio! ¿Quién me ampara?

ESCENA VII

DICHOS.—MOZAS.—Luego VALENTÍN.

MOZA 1.ª ¿Qué es eso? ¿Quién pide socorro?
MOZO. Parece Valentín.
MOZA. Pues vamos á auxiliarle.
JOSÈ. ¡No! ¡Quietas!
MOZA. ¿Por qué?
JOSÉ. ¿No comprendéis que en cuanto salgamos unos cuantos nos hará fuego la patrulla?
MOZA. Es verdad.
VALENTÍN. (Dentro.) ¡Ay! ¡Socorro!
MOZA. A ver qué le pasa. Sí, él es. (Asomándose al portón.)
MOZO. Viene medio muerto. Todavía le dura el susto.
MOZA. (Llamando.) ¡Valentín! Aquí llega. (Sale Valentín, de zagal, cariacontecido y mustio.)

Música.

JOSÉ. Se muere de aprensión
el pobre Valentín.
VALENTÍN. Tenedme compasión
y no os riáis de mí.
CORO. Habrá visto brujas y duendes en sueños,
habrá oído voces de timbre infernal;
le habrán pellizcado diablillos pequeños
que quieren burlarse del pobre zagal.
JOSÉ. Eso es lo que ha sido,
¿verdad, Valentín?
VALENTÍN. Algo parecido,
pero no fué así.
JOSÉ. Pues ¿cómo fué?
VALENTÍN. Yo os lo diré.
Guiaba mi ganado
cruzando la montaña,
cuando la noche negra
encima se me echó.
Corrí por la maleza
buscando mi cabaña,

pero entre la espesura
la senda se borró.

JOSÉ. Y se perdió.

VALENTÍN. Y me perdí.

CORO. ¡Desventurado Valentín!

VALENTÍN. Del lago á la orilla temblando de miedo
llegué, y á la Virgen recé con fervor
y el rezo imitaba muy sordo y muy quedo
del fondo del agua confuso rumor.
Por si era alguna bruja
por si era algún endriago,
para que se callara
tiré una piedra al lago,
y del remolino
que el agua formó
una sombra blanca
gritando salió.

CORO. ¡El hada fué!

VALENTÍN. ¡El hada, sí!

CORO. ¡Desventurado Valentín!

VALENTÍN. Y con el pelo suelto, las manos enlazadas
surgieron otras ciento bailando en derredor
hasta que se alejaron riendo á carcajadas
y yo perdí el sentido, temblando de terror.

CORO. ¡Cómo podrá
vivir así!
¡Desventurado Valentín!

CORO. VALENTÍN. {Ha / he} visto fantasmas y duendes en sueños
{ha / he} oído unas voces de timbre infernal
y {le / me} han pellizcado diablillos pequeños
que quieren burlarse del pobre zagal.

Hablando.

MOZO. El miedo se le quita con un vaso de vino.

VALENTÍN. Este miedo no se me quita con nada. ¡Si vosotros hubierais visto como yo aquellas sombras danzando como brujas y aullando de alegría porque se iban á llevar un alma!

JOSÉ. ¡Ah! ¿Pero tu estás seguro de que querían llevarte el alma?

VALENTÍN. Pues ¿á que venían si no?

JOSÉ. ¿Y cómo es que te la dejaron?

VALENTÍN. Porque se conoce que al caer quedé con los brazos en cruz, se asustaron y huyeron.

JOSÈ. ¡Claro! ¡Se volverían á zambullir en el lago!

VALENTÍN. ¡Ca! Se conoce que esta noche celebran fiesta los diablos y los duendes y se han ido á la ciudad á revolverlo todo.

JOSÉ. ¡A la ciudad!

VALENTÍN. Sí, sí; á la ciudad; no creáis que estoy loco.

JOSÉ. ¿Tú de qué lo sabes?

VALENTÍN. De que he visto esta noche cosas extraordinarias.

TODOS. Cuenta, cuenta.

VALENTÍN. Veréis. En cuanto recobré el conocimiento me levanté como pude, y pidiendo á Dios que me guiara á la hospedería, di al cabo con la vereda del barranco.

JOSÉ. Sigue.

VALENTÍN. En cuanto llegué á la cumbre de las Pedreras, desde donde se domina todo el valle, ví que de pronto se encendían en todos los picachos grandes hogueras, y que iban apareciendo poco á poco en los tejados de algunos caseríos lucecitas de colores.

MOZO. ¿Lucecitas, eh? ¡A éste le ha hecho daño lo del tonel antes de probarlo!

VALENTÍN. No estoy trastornado, no, que sé lo que me digo. Como si los fuegos y las luces fueran una señal empezaron á salir de entre las arboledas, de los callejones del arrabal y de los corrales de muchas casas de labor cientos de sombras que, corriendo, corriendo, se dirigieron hacia la ciudad por distintos sitios.

JOSÉ. ¿Estás seguro?

VALENTÍN. Tan seguro como que al pasar el río tuve que esconderme debajo del puente para que no me atropellara un grupo de fantasmas de esos que pasó muy de prisa, pisando muy quedito y haciendo ruido como de armas.

JOSÈ. ¿Armas? Eso es otra cosa. Sigue.

VALENTÍN. Poco después, en cuanto habrían llegado á la ciudad todos aquellos trasgos, empezaron á brillar en el cielo unos resplandores como de fogonazos y á oirse allá lejos estampidos muy fuertes, gritos y rumores como de gente que pelea, redobles de tambor y toques de clarín.

JOSÉ. ¡Más claro, agua! ¡La asonada de los imperiales!

VALENTÍN. ¿Os convencéis ahora de que los espíritus andan revueltos esta noche?

JOSÉ. ¡Y tan revueltos!

MOZA. ¡La Virgen nos ampare!

MOZO. ¡Cualquiera sale ahora!

VALENTÍN. Hay que avisar á Cristeta y á la señora Bernarda.

JOSÉ. ¡No! Espera.

VALENTÍN. ¿Por qué?

JOSÉ. Porque tenemos que hablar antes.

VALENTÍN. Bueno.

JOSÉ. (Al Mozo 1.º) Hay que evitar á toda costa que se vean.

MOZO. Lo mejor será avisar al comisario.

JOSÉ. ¡Dónde estará el comisario ahora! Y además nadie va á creer que éste es el pretendiente, puesto que el príncipe andará batiendo el cobre por las calles de la ciudad al frente de sus partidarios.

MOZO. ¿Qué vas á hacer entonces?

JOSÉ. Espera y ayudadme. A grandes males, grandes remedios. (A él.) Valentín.

VALENTÍN. ¿Qué quieres?

JOSÉ. Es preciso que inmediatamente salgas de la hospedería.

VALENTÍN. ¿Dónde?

JOSÉ. Donde quieras, con tal de que no vuelvas á parecer por esta casa.

VALENTÍN. ¿La señora Bernarda ha dicho eso?

JOSÉ. Sí.

VALENTÍN. Pues voy á preguntarle la razón.

JOSÉ. Quieto; no puedes verla, porque comprometes su vida.

VALENTÍN. ¿Yo?

JOSÉ. Sí, tú; porque la policía ha venido á buscarte.

VALENTÍN. ¿A mí la policía? ¡Pues vaya una noche! Brujas, trasgos y polizontes unos detrás de otros... ¿Y para qué me buscan?

JOSÉ. Para prenderte.

VALENTÍN. ¿Por qué?

JOSÉ. Tú lo sabrás. Pero el caso es que está amenazado de prisión el que te oculte.

VALENTÍN. Bueno, pues que vengan. Yo no salgo.

MOZO. ¡Eh! ¿Qué dice? ¿No tienes miedo?

VALENTÍN. A las ánimas del otro mundo, sí; con las de éste ya me las arreglaré yo como pueda.

JOSÉ. Es que nosotros no te admitimos aquí, porque no queremos que nos castiguen por tu causa.

VALENTÍN. ¿Y qué vais á hacer?

JOSÉ. Echarte á la fuerza.

MOZO. Hagamos lo que te dije; una cuerda y al río.

VALENTÍN. ¿Al río? ¡Vamos á verlo! (De un salto se coloca á un lado del escenario separado de los demás.)

Música.

VALENTÍN. Tú quieres, infame,
que salga de casa
por rabia, por celos
por una mujer.

JOSÉ. ¿Ois que me insulta?

VALENTÍN. Veamos qué pasa.

MOZAS. Huyamos, que riñen.
(Vase huyendo segunda izquierda el coro de mujeres.)

JOSÉ. Lo vas á saber.
¡Ese es un espía
de los imperiales!
Si no le entregamos
nos castigarán.

MOZOS. Ríndete en seguida
ó vivo no sales.

VALENTÍN. Los que aquí se acerquen
aquí me hallarán.

JOSÉ Y CORO ¡Caiga pronto en manos de la policía

que le aguarda fuera!
¡Muera el atrevido que nos desafía!
¡Muera, muera, muera!

(Le persiguen furiosos, mientras él procura defenderse con el cayado. En la huída viene á quedar cerca de la primera derecha, y en el momento en que José y los mozos van á caer sobre él para sujetarle, sale Guillermo sin su disfraz de sacerdote y con la espada desnuda en la mano.)

ESCENA VIII

DICHOS.—GUILLERMO.

GUILLER. Atrás, miserables
y viles canallas
y ruines villanos.
¡Ay del que atrevido
se acerque y á este hombre
le ponga las manos!

JOSÉ Y CORO ¿Quién con tal soberbia
se atreve á mandar?

GUILLER. Quien puede mandaros
y os va á acuchillar.
Los que entre muchos quieren
cerrar contra un solo,
de un ejemplar castigo
merecedores son,
y yo con mano dura
para aplicarle salgo,
y el que á insistir se atreva
no pida compasión.

JOSÉ Y CORO Salió del cuarto
del capellán.
¿Quién le ha traído?
¿Quién será él?

VALENTÍN. Buen caballero,
bravo galán,
á vos tan solo
debo la piel.

GUILLER. Salid pronto de aquí.

VALENTÍN. Salid pronto de aquí.
JOSÉ. Yo juro que el zagal
se ha de acordar de mí. (Vanse retirando.)
GUILLER. Quien no obedezca
¡voto á Satán!
entre mis manos
deja la piel.
JOSÉ Y CORO Salió del cuarto
del capellán.
¿Quién le ha traído?
¿Quién será él?
GUILLER. Los que entre muchos quieren
cerrar contra uno solo
de un ejemplar castigo
merecedores son.
VALENTÍN. ¡Salid!
GUILLER. ¡Salid!
JOSÉ Y CORO. Para el zagal infame
no habrá después perdón.

(Guillermo sigue acorralándolos, hasta que José y los mozos desaparecen por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

GUILLERMO.—VALENTÍN.

Hablado.

VALENTÍN. Gracias, señor... quien seais. A no haber aparecido vos tan oportunamente, de este pobre pastor no quedaría un pedacito pequeño para contarlo.
GUILLER. ¿Por qué has hecho frente á tantos hombres?
VALENTÍN. Por el amor propio, señor; porque querían echarme de la casa sin ser ninguno de ellos el amo.
GUILLER. ¡Echarte! ¿Por qué?
VALENTÍN. Al parecer porque dicen que soy espía de los imperiales y la policía ha venido á prenderme.
GUILLER. ¿Y eso es cierto?

VALENTÍN. ¡Ca, no señor! Si ni siquiera sé quiénes son los imperiales.

GUILLER. Eres, pues, partidario de la república.

VALENTÍN. ¡Tampoco sé lo que es la república!

GUILLER. Pues entonces, ¿á quién obedeces?

VALENTÍN. ¿Yo? A nadie más que á Cristeta y á la señora Bernarda. Digo, y desde ahora á vos, á quien debo la vida.

GUILLER. No tanto.

VALENTÍN. Sí señor, sí. José hubiera sido capaz de matarme.

GUILLER. ¿Por espía del pretendiente?

VALENTÍN. ¡Ca! El pretendiente le importa un rábano, como á mí. Quien le importa es Cristeta.

GUILLER. ¿La hija de la dueña de la hospedería?

VALENTÍN. La misma.

GUILLER. Es buena moza efectivamente.

VALENTÍN. ¡Vaya si lo es! A mí me tiene encantado.

GUILLER. ¿Y ese José es su novio?

VALENTÍN. Lo era; pero desde que yo vine... ¡claro! las mujeres saben apreciar lo bueno.

GUILLER. Comprendo su odio entonces.

VALENTÍN. Ahora decidme quién sois vos, para saber á quién debo el favor de haberme salvado de la muerte.

GUILLER. ¿Yo? No te importa mucho; un huésped.

VALENTÍN. Tratáis de engañarme, señor. Aquí no había más que uno: el capellán de Villa Torres.

GUILLER. ¿Y quién te ha dicho que yo no soy el capellán?

VALENTÍN. ¿Un sacerdote galán y espada en mano? ¡Imposible!

GUILLER. Mírame despacio á la cara.

VALENTÍN. Sí; tenéis las mismas facciones del viejo. ¡Ah! Ya sé. Sois su hermano.

GUILLER. ¡Infeliz! ¿No has comprendido todavía que el hábito era un disfraz?

VALENTÍN. ¡Ah! ¡Pues ya sé quién sois! ¡El espía de los imperiales! Favor por favor. Me habéis salvado la vida y salvaré la vuestra.

GUILLER. ¿Cómo?

VALENTÍN. Diciendo á la policía, cuando venga á buscaros, que el espía soy yo.

GUILLER. Gracias. No es necesario el sacrificio. No soy el espía

VALENTÍN. ¿Seréis entonces uno de los conjurados contra la república?

GUILLER. Más.

VALENTÍN. ¿Capitán de los ejércitos del pretendiente?

GUILLER. Más.

VALENTÍN. ¿General, acaso?

GUILLER. ¡Más todavía!

VALENTÍN. ¡Más que general!

GUILLER. ¡Imbécil! Soy el emperador.

VALENTÍN. ¡Vos!

GUILLER. Es decir, no lo soy todavía; pero lo seré antes de romper el alba, ó habré muerto á manos de los soldados de la república. Mis partidarios atacarán esta noche la ciudad y vendrán á buscarme para dar el golpe decisivo.

VALENTÍN. La han atacado ya, señor. Los he visto caer sobre ella y he oído los primores rumores del combate.

GUILLER. ¿Ya? Corro á ocupar mi puesto.

VALENTÍN. ¿Dónde vais, señor? ¡Os prenderán en seguida!

GUILLER. ¿Quién? Ni amigos ni enemigos me conocen. Aquí es donde corro peligro si descubren el escondite

VALENTÍN. ¡Ah! ¿No os conocen?

GUILLER. Nadie en el imperio. Mi bisabuelo fué destronado por una revolución y desterrado al reino vecino. En el destierro murieron mi abuelo y mi padre. Allí he recibido el aviso del comité imperialista para cruzar disfrazado la frontera y esperar oculto en esta hospedería el momento del triunfo. Debo ir á la pelea para presentarme á los míos y animarles en la lucha ó para morir con ellos en caso de derrota. ¡Todo menos dejarme prender estúpidamente!

VALENTÍN. Tenéis razón, yo os acompaño.

GUILLER. ¿Para qué?

VALENTÍN. Para correr vuestra misma suerte.

GUILLER. Gracias, Valentín. Si vencemos, el emperador será tu amigo.

VALENTÍN. ¡Y haréis que me case con Cristeta!
GUILLER. Con quien te dé la gana. ¡Salgamos!
VALENTÍN. Yo os guiaré. Esperad... (Vase hacia el portón.) ¡Quieto!
GUILLER. ¿Qué ocurre?
VALENTÍN. Que pasa una patrulla.
GUILLER. Vendrán á prenderme. ¡Vive Dios que les ha de costar trabajo! (Desnuda la espada.)
VALENTÍN. ¡Envaina la espada, emperador! ¡Valentín el zagal te protege!

ESCENA X

DICHOS.—BERNARDA.—CRISTETA.—JOSÉ.—MOZOS Y MOZAS.—LUEGO FERRANDO.—SOLDADOS.

JOSÉ. (Señalando á Guillermo.) Vedle, señora Bernarda, aquel hombre ha sido.
BERNAR. ¡Eh! Caballero, ¿quién os dió permiso para entrar en mi casa?
GUILLER. Quien no os importa. (Mirando hacia fuera desde el portón.) Ya vienen.
CRISTETA. ¡Valentín! ¿Estás sano y salvo?
VALENTÍN. Ya lo ves, y contra la voluntad de alguno. (Por José.) (Aparecen en el portón Ferrando y soldados.)
FERRAN. ¡Alto á la buena gente!
BERNAR. ¡Me alegro de que vengáis! Llevaos á este enredador, señor comisario. (Por Valentín.)
JOSÉ. ¡Aquí está el zagal de quien tenemos sospechas!
CRISTETA. ¡No le prendáis, señor! Yo respondo de que no ha hecho nada malo.
FERRAN. Dejaos ahora de zagales. La policía tiene la certeza absoluta de que el emperador está en la hospedería. Es inútil ocultarle. ¡Descubridle al momento!
BERNAR. Aquí no hay más que una persona extraña. Ese hombre. (Por Guillermo.)
FERRAN. ¿Oís? ¡Hablad!
GUILLEN. ¿Quién me lo manda?
FERRAN. ¡Yo! En nombre de la nación entera.

GUILLER. Pues bien...

VALENTÍN. (Ap. á él precipitadamente.) (¡Silencio! Descuidad, señor, lo prometido es deuda.) (Alto.) ¡Dejad en paz á este caballero! El que buscáis... soy yo.

CRISTETA. ¡Valentín!

JOSÉ. (El solo se entrega. Cristeta es mía.)

GUILLER. ¿Qué haces?

VALENTÍN. Callad y apoyadme. Ya se deshará el embuste cuando estéis en salvo.

FERRAN. Ya no hay por qué fingir. (A los mozos.) ¿Os consta á vosotros que bajo ese disfraz de pastor se oculta Guillermo quinto?

JOSE. (A los mozos.) Vamos á decir que sí.

MOZO 1.° ¡Pero, hombre! ¿Y si le fusilan?

JOSÉ. Mejor; eso es lo que yo quiero.

FERRAN. Vamos, hablad

JOSÉ. Pues sí, señor comisario; nos consta que ese es el pretendiente.

MOZOS. ¡Sí! ¡ése es!

VALENTÍN. (¡Anda, morena! ¡Todos lo sabían menos yo!)

FERRAN. ¡Soldados, preparen! ¡Señor! (Saludando respetuosamente con la espada.) La república ha sido vencida por el ejército leal y la Junta me envía para conduciros con todos los honores y presentaros ante el pueblo.

VALENTÍN. ¿A mí?

BER. Y CR. ¡A él!

JOSÉ. ¿Qué es esto?

VALENTÍN. Esperad, es que yo... tengo que decir...

GUILLER. (Calla y adelante.)

FERRAN. ¡Soldados! ¡Viva el emperador!

TODOS. ¡Viva!

Música.

GUILLER.

Siga la farsa.
Por si es engaño,
tener prudencia
será mejor.
Aprenderemos
en un extraño
cómo se ejerce

de emperador.

VALENTÍN. Las traicioneras
hadas del lago
sin duda me hacen
este favor.
¿Qué es lo que digo,
qué es lo que hago
cuando me vea
de emperador?

JOSÉ. De todos modos,
Cristeta es mía;
libre está el campo
para mi amor.
Deje en mis manos
la hospedería
y haga, si quiere,
de emperador.

CRISTETA. Mi desventura
me desespera;
no hay esperanza
para mi amor.
¿Cómo es posible
que ya me quiera
cuando le nombran
emperador?

BERNAR. Y CORO. Todos le dieron
bromas pesadas
cuando creían
que era pastor.
Todas de fijo
serán pagadas
en cuanto ejerza
de emperador.

GUILLER. Siga la farsa, etc.
VALENTÍN. Las traicioneras, etc.
JOSÈ. De todos modos, etc.
CRISTETA. Mi desventura, etc.
BERNAR. Y CORO. Todos le dieron, etc.

TODOS. ¡Viva el emperador!
¡viva, viva!
¡Viva el emperador!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Una galería ó pasillo en el palacio imperial.

ESCENA I

FAJARDO.—OCHO MINISTROS.

Música.

(Van saliendo uno tras otro por la derecha.)

FAJARDO. Pasad, pasad.
CORO. Á decir verdad,
me da cortedad
el primer consejo
con su majestad.
FAJARDO. Sí que es verdad
que da cortedad
el primer consejo
con su majestad.
TODOS. Los primeros ministros
de la restauración
tienen mucho que hacer,
tienen mucha respon-
responsabilidad;

y el monarca de fijo
les da la desazón
si no llega á tener
la virtud de la lon-
la longanimidad.
Hay que ser enérgicos
al cumplir las órdenes
y adoptar un régimen
de mucho rigor,
ó hay que ser magnánimos,
rígidos ó débiles,
según el carácter
del emperador.
Si es un pazguato,
si es timorato,
nuestro tan sólo
será el poder.
Si es orgulloso
y es belicoso,
no hay más remedio
que obedecer.
Esa es la cuestión;
no hay más solución,
si ha de afianzarse
la restauración.
Pasad, pasad,
pasad, pasad,
al primer consejo
con su majestad.

(Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

CARMÍN.—BERNARDA.—CRISTETA.—Luego FERRANDO.

Hablado.

CARMÍN. (Saliendo por la derecha) Entrad sin cuidado; no podéis llegar más á tiempo si queréis ver á su alteza. La audiencia empezará dentro de poco.

BERNAR. Pero ¿tú crees que nos recibirá?

CARMÍN. Ya lo creo. Es muy campechano y habla con todo el mundo. Esperad un momento; voy á avisar al jefe de la guardia, ¡digo! aquí viene. (Sale Ferrando por la izquierda con uniforme de capitán de guardias.)

FERRAN. ¿Para qué ibas á buscarme?

CARMÍN. Para presentaros á estas dos mujeres que pretenden hablar con el emperador.

FERRAN. ¿Y quiénes son esas mujeres?

BERNAR. ¡Calle! Pero ¿no nos conocéis, señor comisario de la república?

FERRAN. ¡Chist! ¡Desgraciada! Ya no hay república ni comisarios.

BERNAR. Pues ¿qué hay, y cómo estáis vos aquí? (Vase Carmín derecha.)

FERRAN. Muy sencillo; porque el emperador necesitaba una guardia y la guardia necesitaba un jefe. En los momentos de barullo se echó mano del que estaba más cerca... y tuve yo el honor de estar más cerca que los otros. Conque decidme para qué queréis ver al emperador.

BERNAR. ¡Anda! ¿Pero vos no sabéis nada, señor comisario de la república?

FERRAN. ¡Dale!

BERNAR. Bueno; señor capitán de guardias, es lo mismo. Pues queremos hablar con Valentín porque... es el novio de ésta.

FERRAN. ¿Quién es Valentín?

BERNAR. ¡Toma! Un zagal que tuve yo á mi servicio hasta que vos fuisteis á buscarle, la primera vez para pegarle cuatro tiros, y la segunda para traerle al trono.

FERRAN. ¡Ah! Vamos, ya entiendo. Mientras su alteza estuvo disfrazado de pastor esta muchacha se enamoró de él.

CRISTETA. También se enamoró él de mí, señor comisario.

FERRAN. ¡Vuelta!

CRISTETA. Y estábamos para casarnos en seguida.

BERNAR. Con mi consentimiento, naturalmente. Yo veía la boda con mucho gusto.

FERRAN. ¡Hola! Pues eso es grave.

BERNAR. Porque Valentín me pareció muy bueno, y siempre le trataba á cuerpo de rey.

CRISTETA. No exageréis, madre.

BERNAR. ¿Cómo que no? Nunca le faltaban en el morral un pan tierno y un buen trozo de lomo.

FERRAN. Pues en ese caso necesito consultar al gobierno si es posible concederos audiencia, porque la situación puede complicarse. ¡Ahí es nada! Una novia del emperador! (Al oir esto Fajardo se adelanta.)

ESCENA III

DICHOS —FAJARDO.—Al fin CARMÍN.

FAJARDO. ¿Qué disparates decís, capitán? ¡El emperador no puede tener novia todavía!

FERRAN. ¡Ah! Perdonad, señor presidente. Lo mismo creo yo, pero esta moza asegura que su alteza le ha dado palabra de casamiento.

BERNAR. Sí, señor, sí lo aseguramos.

CRISTETA. Preguntádselo á él y os dirá que me quiere más que á su vida. No se volverá atrás aunque le den un imperio.

BERNAR. ¡Eso es verdad! ¡Aunque le den otro imperio!

FAJARDO. Vamos con calma. Retiraos, capitán. Los arduos negocios del estado ha de resolverlos el gobierno con la mayor reserva posible.

FERRAN. ¿Paso aviso á su alteza?

FAJARDO. No; esperad mis órdenes. (Vase el capitán.) Quedábamos en que el soberano se ha dignado poner los ojos en vuestra hija.

CRISTETA. Y prometerme que seré su mujer, pase lo que pase.

FAJARDO. Pues es un trastorno.

CRISTETA. ¿Por qué?

FAJARDO. Porque el soberano, según la ley, debe elegir esposa hoy mismo, y es preciso que renunciéis á verle.

CRISTETA. ¡Eso sería un atropello!

BERNAR. ¡Protestaremos! ¡Daremos voces! ¡Se enterará

la ciudad entera de que el emperador empieza por no cumplir sus palabras!

CRISTETA. Y él, cuando lo sepa, os castigará de seguro.

FAJARDO. ¡Calma, calma! (Estas mujeres nos van á traer un conflicto.) Vamos á ver si nos entendemos.

CRISTETA. Nos entenderemos en cuanto yo hable con Valentín. A mí me entiende en seguida.

FAJARDO. La misión del gobierno es contemporizar. Decís que el emperador os ama.

CRISTETA. ¡Ah! De eso estoy segura.

FAJARDO. Bien, pues todo puede arreglarse. Dentro de poco se verificará la ceremonia de la imposición de la banda azul.

BERNAR. ¿Y qué es eso?

FAJARDO. El acto más importante de los principios de un reinado, puesto que de él depende que se asegure y afiance la dinastía. Ante su majestad desfilan todas las damas de alta alcurnia que se creen con méritos para agradar al monarca, y éste coloca con toda solemnidad en el pecho de la preferida la banda azul que indica su voluntad. No hay más que un inconveniente: que esta muchacha no es de alta alcurnia.

BERNAR. Ni alta ni baja. No es de alcurnia.

CRISTETA. Pero Valentín me quiere.

FAJARDO. A eso vamos. Como el amor salta por todo, creo que su alteza me agradecerá que le proporcione el medio de unirse á la elegida de su corazón.

BERNAR. Y nosotras lo agradeceremos más todavía.

FAJARDO. Lo creo; para lo cual basta un decreto imperial concediéndoos previamente un título cualquiera.

BERNAR. Sí, cualquiera. Nos da lo mismo uno que otro.

FAJARDO. Así podréis asistir á la ceremonia y aspirar á la banda.

BERNAR. ¡Justo! ¡Tenéis mucho talento!

FAJARDO. Sólo os pido que si conseguís vuestro propósito y tenéis, como es de esperar, gran influencia sobre el monarca, inclinéis siempre su ánimo á que me conserve en el poder.

BERNAR. ¡Ah! No tengáis cuidado, os protegeremos.

SOFÍA. (Dentro.) Dejadme pasar.

CARMÍN. (Idem.) No puedo, señora; el presidente está ocupado

FAJARDO. ¡Eh! ¿Qué es eso?

CARMÍN. (Saliendo derecha.) Una dama que se empeña en hablar en seguida al señor presidente.

FAJARDO. ¡Una dama! (A Bernarda y Cristeta.) Dispensad y esperadme ahí un momento. (Ambas saludan y vanse por la izquierda.) Que entre esa dama. (Vase Carmín.) Otra aspirante á la banda, de seguro. Adelante, señora.

ESCENA IV

FAJARDO. — SOFÍA.

SOFÍA. ¿Tengo el honor de hablar con el presidente del consejo imperial?

FAJARDO. Que desea serviros.

SOFÍA. Lo que vengo á pedir es de justicia.

FAJARDO. Hablad, señora.

SOFÍA. Vos no me conocéis sin duda.

FAJARDO. No tengo esa honra.

SOFÍA. No es extraño. Mi familia brilló en la corte del antiguo imperio; pero la república confiscó sus bienes, mató de pesar á mi ilustre abuelo y obligó á vivir en la estrechez, casi en la miseria, á mis padres. Yo me llamo Sofía de Puente Sagrado, duquesa Monterdán.

FAJARDO. ¡Ah! ¡Vos! Seguramente el emperador ha de alegrarse de conocer al último vástago de una de las familias más nobles del país.

SOFÍA. Sin embargo, no me atrevo á esperar que me conceda la vindicación que vengo á pedirle, y para eso acudo á vos en demanda de apoyo.

FAJARDO. ¿Qué queréis, señora?

SOFÍA. Que me sean devueltos los honores, el castillo y las tierras que robó á mi casa la revolución.

FAJARDO. ¡Ah! Nada más justo que premiar á los fieles servidores del trono. Contad conmigo.

SOFÍA. Temo que el emperador no recuerde...

FAJARDO. Descuidad; en cuanto os vea se apresurará á honrar la memoria de vuestro abuelo. Voy á pedir audiencia particular para vos. Esperad, señora, en la antecámara.

SOFÍA. Gracias, señor presidente. (Fajardo saluda y vase izquierda. Sofía se vuelve para dirigirse á la derecha á tiempo que por este mismo lado aparece Guillermo. Ambos al verse quedan sorprendidos.)

ESCENA V

SOFÍA.—GUILLERMO.

Música

GUILLER. (¡Qué hermosa doncella!)
SOFÍA. (¡Qué apuesto doncel!)
GUILLER. (No hay otra como ella.)
SOFÍA. (No hay otro como él.)
GUILLER. Perdonad, señora,
que atrevido intente
recrear mis ojos
en belleza tal.
De los vuestros brota
luz resplandeciente
que en el cielo mismo
no se ha visto igual.
SOFÍA. Noble caballero,
que ése es vuestro porte,
tal galantería
debe agradecer
la desventurada
que á la nueva corte
triste y desolada
viene á pretender.
GUILLER. ¿Queréis acaso
que yo os presente?
SOFÍA. Cuando alguien antes
lo haga con vos.
GUILLER. También, señora,
soy pretendiente.

SOFÍA. Que Dios os guarde.
GUILLER. Que os guarde Dios.

(Van á marcharse Sofía por la derecha y Guillermo por la izquierda. Cruzan, por consiguiente, en el centro del escenario y se saludan. Guillermo la detiene con un ademán.)

GUILLER. Si mi ventura
llegara á tanto
que despachasen
mi memorial,
vuestra hermosura
será el encanto
de la naciente
corte imperial.
SOFÍA. Sois un prodigio
de cortesía
y os agradezco
tal atención,
pero es tan dura
la suerte mía
que ha de hacer vana
mi pretensión.
GUILLER. Contad con mi apoyo.
SOFÍA. Gracias, caballero;
pero á qué vinisteis
decidme primero.
GUILLER. No puedo ahora.
SOFÍA. Sed complaciente.
GUILLER. Hablad vos antes.
SOFÍA. Primero vos.
GUILLER. Pues bien, señora,
soy... pretendiente.
SOFÍA. Que el cielo os guarde.
GUILLER. Que os guarde Dios.
(¡Qué hermosa doncella!)
SOFÍA. (¡Qué apuesto doncel!)
GUILLER. (No hay otra como ella.)
SOFÍA. (No hay otro como él.)

(Vanse por distinto lado. Mutación.)

CUADRO SEGUNDO

Salón de despacho del emperador.—Puerta al foro y laterales.

ESCENA VI

VALENTÍN.—CARMÍN.

(Valentín viste rico traje de corte. Carmín le ayuda á ponerse la casaca.)

Hablado.

VALENTÍN. ¿Me he dormido, verdad? ¡Como es la primera vez que me acuesto sobre plumas!

CARMÍN. ¿La primera vez?

VALENTÍN. (¡Anda! Ya he dicho un disparate.) Sí, la primera vez... desde hace quince días. (Acaba de ponerse la casaca.)

CARMÍN. Ea, ya está. Le sienta á vuestra alteza admirablemente.

VALENTÍN. ¡Claro! Cuando se tiene una figura gallarda... ¡Qué lástima de casaca! ¿No te parece que la voy á echar á perder en seguida?

CARMÍN. Y eso ¿qué importa? El guardarropa de vuestra alteza está repleto.

VALENTÍN ¡Ah! ¿Tengo repleto el guardarropa? Pues quiera Dios que lo rompa todo con salud. Pero verás cómo no lo rompo.

CARMÍN. Si lo permitís, puedo avisar que empieza la audiencia.

VALENTÍN. ¡Cómo! ¿Tengo que dar audiencia?

CARMÍN. Señor, es la hora señalada.

VALENTÍN. ¿Quién está esperando?

CARMÍN. Las primeras, dos mujeres.

VALENTÍN. ¿Dos? ¡A pares! Sí, hombre, sí; dí que entren en seguida. (Vase Carmín por el foro.) ¡Qué suerte tienen los emperadores! Van las mujeres á su casa. Voy á pasar muy buenos ratos si esto dura mucho. (Aparecen en la puerta del foro Ferrando, Bernarda y Cristeta. Al principio esta última, que va á avanzar, se detiene no reconociendo á Valentín en su nuevo traje. Por último se dirige á él rápidamente y le abraza.)

ESCENA VII

VALENTÍN.—CRISTETA.—BERNARDA.—FERRANDO.
Al fin GUILLERMO.

FERRAN. Pasad.

CRISTETA. ¡Valentín!

VALENTÍN. ¡Cristeta!

CRISTETA. (Quedándose cortada.) Señor, no sé si me permitiréis abrazaros.

VALENTÍN. ¡No lo he de permitir! Y te mando, además, que aprietes de firme. (Se abrazan.)

FERRAN. ¡Deteneos! Está prohibido poner las manos sobre el emperador.

BERNAR. ¡Si es el emperador quien pone las manos sobre ella!

CRISTETA. ¡Qué contenta estoy porque os habéis dignado recibirme!

VALENTÍN. ¿Que me he dignado? ¡Si yo no sabía que me dignaba!

CRISTETA. Es lo que yo le decía á madre: «Madre, ya lo veréis, Valentín es siempre el mismo, y me quiere mucho». ¿Verdad que me quieres, digo, que me quiere vuestra alteza?

VALENTÍN. ¡Lo mismo que antes!

CRISTETA. Porque ha de saber vuestra alteza que madre accede á que nos casemos.

BERNAR. ¡Sí, sí, accedo!

VALENTÍN. ¿Sí? (¡Qué gracia! Como que ahora soy un buen partido para la chica. Pero ¡buen chas-

co te vas á llevar, bruja del demonio!) Lo que yo no sé es si eso podrá ser.

CRISTETA. ¡Cómo!

VALENTÍN. (A Ferrando.) ¿Puede el emperador casarse con la hija de una hostelera?

FERRAN. ¡Imposible!

VALENTÍN. ¿Lo veis? ¡Cuánto lo siento!

CRISTETA. No os apuréis por eso, señor; el primer ministro me ha dicho lo que debemos hacer. (Bajo á él.) Basta que me pongas la banda cuando llegue el momento.

VALENTÍN. ¿La banda? ¿Qué banda es esa?

BERNAR. Entre tanto podéis nombrarnos lo que queráis.

VALENTÍN. ¡Ah! ¿Sí? (A Ferrando.) ¿Puedo repartir cargos entre quien quiera?

FERRAN. Los deseos de vuestra alteza son órdenes en todo el imperio.

VALENTÍN. Pues voy á pagaros en seguida los favores recibidos.

BERNAR. No olvidéis, señor, que mientras fuisteis mi criado os traté como á un hijo.

VALENTÍN. ¡Que he de olvidar! (A Ferrando.) ¡A ver! Esta muchacha queda desde hoy á mi servicio en palacio.

FERRAN. Debo hacer observar á vuestra alteza que el emperador no necesita servidumbre femenina.

VALENTÍN. ¡Si sabré yo lo que necesito! ¿Son ó no son órdenes mis deseos?

FERRAN. Lo son.

VALENTÍN. Pues que se quede aquí Cristeta. Y en cuanto á la señora Bernarda...

BERNAR. Disponed, señor.

VALENTÍN. (A Ferrando.) ¿El emperador tiene rebaños de su propiedad?

FERRAN. Innumerables.

VALENTÍN. Pues que aparten uno y esta mujer se encargará de apacentarlo.

FERRAN. Así se hará.

BERNAR. (¡Qué dice!)

VALENTÍN. ¡Ah! Que la envíen al monte todas las mañanas y que la pongan en el morral un mendrugo de pan duro y un hueso de vaca.

BERNAR. ¡Señor! Yo os suplico...

VALENTÍN. Os pago en la misma moneda y os trato también como á una hija. (Sale Guillermo por la izquierda.)

GUILLER. Con permiso de vuestra alteza.

VALENTÍN. (¡El emperador!)

CRISTETA. (¡El desconocido de la hostería!) (Guillermo se sienta tranquilamente.)

FERRAN. (Dirigiéndose á Guillermo.) ¡Eh! ¿Quién os permite ..

GUILLER. Seguid; siga la audiencia. No me molestáis.

FERRAN. ¡Insolente!

VALENTÍN. Dejadle, dejadle. Es un amigo de mucha confianza.

CRISTETA. (¿Cómo toleras?...)

VALENTÍN. (Calla, ya lo sabrás todo.) Retiraos ahora. Quiero hablar con este caballero.

FERRAN. (No entiendo una palabra.)

BERNAR. (¡Al monte á guardar ovejas! ¡Cuánto siento no haberle puesto lomo!) (Vanse por el foro Ferrando, Cristeta y Bernarda.)

ESCENA VIII

VALENTÍN.—GUILLERMO.

GUILLER. Mandas como si lo hubieras hecho toda tu vida.

VALENTÍN. Señor, á eso se acostumbra uno pronto. Y, la verdad, le iba tomando el gusto. Pero poco me va á durar, porque supongo que vendréis á destronarme.

GUILLER. No; tranquilízate. No corre prisa eso.

VALENTÍN. Pues ¿qué pensáis, señor?

GUILLER. Seguir adelante con la aventura. Mientras tú ocupas mi puesto dignamente, yo estudio el país sobre que voy á reinar y que no conozco, observo á mi gusto á la gente que va á rodearme y cuando empuñe las riendas conoceré el terreno que piso. Ya ves de qué manera sigues haciéndome un favor que yo sabré recompensarte.

VALENTÍN. Gracias. Pero yo, sin querer, voy á cometer alguna torpeza.

GUILLER. Para evitarlo es preciso que me tengas á tu lado siempre, que no hagas ni digas nada que yo no te ordene y que sigas en todo y para todo mis instrucciones.

VALENTÍN. Así lo haré, señor.

GUILLER. No olvides que tú no eres tú; que las resoluciones que tomes soy yo quien las toma, y que una imprudencia cualquiera puede comprometerme y alterar la paz de mis estados.

VALENTÍN. ¡Dios nos libre!

GUILLER. Desde este momento quedo nombrado tu secretario, ¿entiendes?

VALENTÍN. Me alegro, porque escribo medianamente, señor.

GUILLER Tu voluntad no es tuya, es mía. Si la contrarías alguna vez, tu vida corre peligro.

VALENTÍN. (¡Estaba de Dios que yo había de jugarme la cabeza!)

GUILLER. Ahora vé á prepararte para presidir el Consejo.

VALENTÍN. ¡El Consejo! ¿Yo?

GUILLER. En realidad yo, pero con tu presencia.

VALENTÍN. Señor, y si...

GUILLER. ¡Vamos pronto!

VALENTÍN. A escape. (Ya se va sintiendo emperador y lo va á pagar el testaferro.) (Vase segunda izquierda. Simultáneamente aparece Sofía en el foro.)

ESCENA IX

GUILLERMO.—SOFÍA.

SOFÍA. ¿Se digna vuestra alteza recibirme?

GUILLER. Pasad. (¡La hermosa desconocida!)

SOFÍA. (¡Cómo! ¡El caballero de antes!) Perdonad, me habían dicho que llegaba mi turno en la audiencia. Veo que estáis vos delante y me retiro.

GUILLER. Esperad.

SOFÍA. No puede ser. Es al emperador á quien pensaba hallar en este sitio.

GUILLER. Y no le encontraréis nunca.

SOFÍA. ¿Por qué?

GUILLER. Porque vos no tenéis soberano. Donde quiera que estéis seréis la reina.

SOFÍA. Caballero... sois demasiado galante.

GUILLER. Decidme vuestra petición, y puesto que la suerte quiere que yo vea á su alteza antes que vos, yo os prometo olvidar la mía para que logréis vuestros deseos.

SOFÍA. ¿Tanto influjo ejercéis sobre el monarca?

GUILLER. Espero que ha de atender mi súplica.

SOFÍA. ¿Tanto os interesáis por mí?

GUILLER. Menos de lo que merecéis. ¿Es posible veros sin rendiros la voluntad entera?

SOFÍA. ¡Caballero! Debo retirarme.

GUILLER. ¿Sin decirme quién sois y á qué habéis venido?

SOFÍA. Sin deciros nada, mientras no sepa con quién hablo.

GUILLER. Ya os lo dije antes. Un pretendiente como vos.

SOFÍA. Oscura es la respuesta.

GUILLER. No puedo dar otra. Pero puesto que os admiro sin conoceros, corresponded á mi admiración sin conocerme.

SOFÍA. ¿De qué manera?

FERRAN. (Apareciendo en la puerta del foro.) Los señores del Consejo.

SOFÍA. Dios os guarde.

GUILLER. (¡Pronto empiezan á fastidiarme los ministros!) Salid por aquí, señora (Guiándola hacia la derecha.) Y... permitidme amaros.

SOFÍA. Eso no puedo impedirlo aunque quiera. (Vase. Guillermo se dirige hacia la segunda izquierda.)

GUILLER. ¡Valentín, pronto! Esta mujer acabará por enloquecerme. (Salen dos hujieres que se colocan uno á cada lado de la segunda izquierda para dar paso á Valentín. En cuanto éste entra en escena y á una seña de Guillermo se retiran.)

VALENTÍN. (Saliendo y aparte á Guillermo.) ¿Ha llegado el primer compromiso?

GUILLER. Serenidad y prudencia. (A Ferrando.) Que pasen los señores ministros. (Vase Ferrando y entran Fajardo y los ocho ministros.)

ESCENA X

GUILLERMO.—VALENTÍN.—FAJARDO. —LOS MINISTROS.

Música.

FAJARDO Y MS. En nombre del país
tenemos el honor
de saludar humildes
al nuevo emperador.
VALENTÍN. ¿Qué hago, señor?
GUILLER. Calma y valor.
Yo, como secretario,
también tengo el honor
de agradecerlo en nombre
del nuevo emperador.
FAJARDO Y MS. Estáis en presencia
de los consejeros
que tienen la dicha
de ser los primeros
y ansiosos esperan
con curiosidad
el plan de gobierno
de su majestad.
VALENTÍN. ¿Qué plan tenemos
de gobernar?
GUILLER. Dí cualquier cosa,
que eso es igual.
VALENTÍN. Yo creo firmemente,
señores consejeros,
que el pueblo es un rebaño
de ovejas y carneros
que van por esos campos
balando sin cesar,
y que hace falta sólo...
TODOS. ¿Qué?
VALENTÍN. Saberlos esquilar.
MINISTROS. ¡Oh, cuán exacta

comparación!
Tiene su alteza
mucha razón.

VALENTÍN. ¿En el discurso
voy bien ó mal?

GUILLER. Dí cualquier cosa,
que eso es igual.

VALENTÍN. Vosotros sois, señores,
pastores del rebaño
que descansadamente
vivís año tras año
cargando con la lana
sin otra ocupación
que la de dar mordiscos...

TODOS. ¿Dónde?

VALENTÍN. ¡Al queso del zurrón!
Ese es mi plan.

MINISTROS. Tiene razón.
¡Oh, cuán exacta
comparación!

VALENTÍN. ¡Ese es mi plan!

TODOS. ¡Tiene razón!

(Al acabar la música todos se sientan menos Guillermo que queda de pie detrás del sillón que ocupa Valentín)

Hablado.

FAJARDO. Señor, este primer Consejo tiene como único objeto cumplir una de las tradiciones más antiguas y más veneradas del imperio.

GUILLER. ¿Cuál?

FAJARDO. Vos, señor secretario, no tenéis voz ni voto.

VALENTÍN. (¡Chúpate esa!) Bueno, ¿cuál?

FAJARDO. El gobierno debe preverlo todo, y, naturalmente, ha previsto la muerte de vuestra majestad.

VALENTÍN. Mejor sería que no habláramos de cosas tristes.

FAJARDO. Ojalá viniera en fecha lejana, pero puede venir en plazo breve.

VALENTÍN. (¡Y dale, molino!)

FAJARDO. Y en ese caso, muerto el emperador sin suce-

sión directa, podría surgir en el imperio una guerra civil, que es preciso evitar á toda costa.

VALENTIN. Bueno, pero yo no puedo tener un descendiente mañana por la tarde. Esas cosas son muy delicadas.

FAJARDO. Para lo cual hoy mismo elegirá vuestra majestad esposa, conforme disponen las leyes del país.

VALENTÍN. ¿Hoy mismo? (Señor, ¡que me casan!)

GUILLER. (¡Cállate!)

FAJARDO. Todo está dispuesto. Las damas que sean dignas de vuestra mano desfilarán en la recepción ante vuestra majestad, para que vuestra majestad cruce con la banda azul el pecho de la elegida.

VALENTÍN (¡Hola! ¡Ya pareció la banda azul!)

GUILLER. Pero ¿no se puede dejar la ceremonia para otro día?

FAJARDO. ¡Guarde silencio el señor secretario!

VALENTÍN. (¡La ha tomado con él! ¡Este no sabe dónde se mete!)

FAJARDO. Y si vuestra majestad lo permite, como el asunto es urgente...

VALENTÍN. (¡Qué manía de que me he de morir pronto, hombre!)

FAJARDO. El gobierno se atreve á aconsejar á vuestra majestad que se disponga para la recepción.

VALENTÍN. (¿Qué hago?

GUILLER. (Marcharte y dejarme con ellos.)

VALENTÍN. Bueno, pues me marcho. (Levantándose de repente.)

FAJARDO. (Levantándose también.) A las órdenes de vuestra majestad.

VALENTÍN. Se acabó el Consejo. (Y no me volveréis á coger en otra.) (Salúdanse unos á otros y vase segunda izquierda.)

ESCENA XI

GUILLERMO. - FAJARDO.—MINISTROS.

FAJARDO. Esperad, señor secretario.
GUILLER. ¿Tengo ya voz y voto?
FAJARDO. Decid, y perdonad la indiscreción. Disfrutáis, por lo visto, de la confianza del soberano...
GUILLER. Alguna me concedió en el destierro; pero ahora, como comprenderéis, no puede haber entre nosotros más que la que otorga el señor al súbdito.
FAJARDO. ¡Ah! ¿Le conocéis del destierro? Y ¿hasta dónde llega vuestra adhesión hacia él?
GUILLER. Unicamente hasta donde me convenga.
FAJARDO. Así debe ser. Parecéis mozo listo y haréis carrera.
GUILLER. ¡Vaya si la haré! Estoy seguro.
FAJARDO. Contad con nosotros para lograrlo. Es decir, si podemos contar con vos.
GUILLER. ¿Para qué?
FAJARDO. Oíd. ¿Sois ambicioso?
GUILLER. Mucho.
FAJARDO. ¿Sois audaz?
GUILLER. Lo probaré cuando haga falta.
FAJARDO. Pues bien, si nos ayudáis y os ayudamos, el imperio será lo que debe ser.
GUILLER. (¡Hola!) Y... ¿qué es lo que debe ser el imperio?
FAJARDO. Un campo fértil y de abundantes cosechas para nosotros, con un espantapájaros, que es el emperador.
GUILLER. ¡Magnífico! Señor presidente, vos también haréis carrera. Y ¿qué papel es el mío?
FAJARDO. Muy sencillo. Distraer al monarca, apartarle de los negocios públicos, aficionarle á las diversiones, y poco á poco infundirle ciega confianza en el gobierno.
GUILLER. Justo; para hacer con entera libertad mangas y capirotes.
FAJARDO. De ese modo podremos repartirnos tranquila-

mente destinos y prebendas, y podéis estar seguro de que no os ha de tocar la peor parte. ¿Qué os parece?

GUILLER. Que sois admirable y que abordáis los asuntos más escabrosos con una sencillez y una claridad encantadoras.

FAJARDO. Soy hombre de Estado.

GUILLER. Pues descuidad. El emperador será un espantapájaros verdadero.

FAJARDO. ¿Lo creéis así?

GUILLER. Estoy seguro. ¡Ya veréis los pájaros que espanta!

FAJARDO. Por de pronto, hay que conseguir que se case con la hostelera, lo cual no será difícil puesto que, según parece, está de ella enamorado.

GUILLER. ¡Cómo! ¿Vamos á aceptar una emperatriz de baja estofa?

FAJARDO. No tan baja, puesto que hemos tenido la precaución de hacerla marquesa.

GUILLER. ¡Oh! No se os escapa nada, señor presidente.

FAJARDO. Dentro de poco se verificará la recepción. Aconsejadle que imponga la banda azul á su antigua novia.

GUILLER. Recibirá el consejo con alegría.

FAJARDO. Tal creo; y esa mujer zafia y de pocas luces será un buen auxilar para embrutecer á su esposo.

GUILLER. Para embrutecer á... ¡Cada vez me asombra más vuestra penetración, señor presidente!

FAJARDO. Ya os he dicho que soy hombre de Estado. (A los otros ministros.) Retirémonos, señores. El señor secretario es de los nuestros, y va á empezar á cumplir su misión.

GUILLER. A vuestras órdenes, señores consejeros.

FAJARDO. (Al salir por el foro.) ¡No os olvidéis de la hostelera!

GUILLER. Tranquilizaos, no me olvido. (Vanse Fajardo y los ministros.) ¡Qué me he de olvidar si quien se casa soy yo!... La cuestión es grave, y va á ser preciso... Pero no, adelante. ¡Cada vez me alegro más de haberme quedado en la sombra!

(Al ir á entrar por la izquierda aparece José en el foro.)

ESCENA XII

GUILLERMO. — JOSÉ.

JOSÉ. ¿Puedo ya entrar? (Reconociéndole.) ¡Ah! Sois vos.

GUILLER. ¡Eh! ¿Qué es eso?

JOSÉ. Perdonad; he pedido una audiencia porque tengo que hablar con el emperador; mejor dicho, con Valentín.

GUILLER. ¿Qué dices?

JOSÉ. Con Valentín, sí señor; con el zagal de la señora Bernarda.

GUILLER. El zagal era falso.

JOSÉ. El falso es el monarca.

GUILLER. ¡Cómo!

JOSÉ. Y me alegro encontraros, porque vos presenciasteis la escena de la hostería y sabéis que por mi causa se ha engañado al pueblo.

GUILLER. (¡Este lo va á echar á perder todo!) ¡Mientes!

JOSÉ. Cuando mentí fué entonces, señor. Creí que el embuste perjudicaría al pastor y podría yo recobrar el cariño de Cristeta; pero ha sucedido todo lo contrario. Por eso vengo á desenmascararle y á evitar los trastornos que pueden ocurrir por mi culpa.

GUILLER. Repito que mientes. Valentín no ha existido nunca.

JOSÉ. ¿Que no? Tengo las pruebas. ¡Los celos avivan mucho! He encontrado á su familia, he visto á sus padres, sé de dónde viene, y el engaño no puede durar. Además, no soy yo sólo el que conoce la trampa.

GUILLER. ¿Quién más duda?

JOSÉ. Muchos emigrados que pasaron la frontera con el verdadero príncipe, que tomaron parte en los combates de la ciudad y que han visto que otra persona ocupaba su puesto. Reuniéndose están para venir á palacio á deshacer el enredo.

GUILLER. ¿Dónde?

JOSÉ. En la misma hospedería de la señora Bernarda, donde saben que se alojaba el emperador verdadero.

GUILLER. Pues anda, corre y avísales que esperen. Que no se muevan sin recibir mis órdenes.

JOSÉ. Las órdenes ¿de quién?

GUILLER. De... del capellán de Villa Torres, ¿has entendido?

JOSÉ. ¡Ah! ¿Sois vos el que?..

GUILLER. ¡Silencio!

JOSÉ. (¡Es él! Lo que yo sospechaba... ¡El emperador era él!)

GUILLER. Con la cabeza me respondes del secreto.

JOSÉ Callaré, señor.

GUILLER. Y mañana vienes á buscarme aquí mismo para que te dé instrucciones.

JOSÉ. Comprendido. ¿Por quién pregunto?

GUILLER. Por el secretario del emperador.

JOSÉ. ¡A la orden de vuestra majestad!

GUILLER. ¡Silencio! ¡Vete! (Vase José por el foro.) ¡Hola! Mis compañeros de destierro, los únicos que me conocen entre mis partidarios, se juntan para aclarar el misterio. ¡Mejor! Tal vez puede serme útil su testimonio. Ahora... á la ceremonia de la banda azul, y que Dios nos ilumine á todos. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

PAJES.—DAMAS.—GUARDIAS.—PALACIEGOS.—FERNANDO.—FAJARDO.—MINISTROS. Entre las damas CRISTETA en traje de corte y SOFÍA. Poco después VALENTÍN, seguido de algunos generales y altos dignatarios y acompañado de GUILLERMO.—CARMÍN.

Música.

CORO. Llegó el momento más solemne
para la historia del país.
La compañera de su vida
el soberano va á elegir.

CRISTETA. Si el pobre zagal

no olvida su amor,
seré la elegida
del emperador.

SOFÍA. Secreto impulso
del corazón
me atrae aquí.
Ver quiero ahora
si es ilusión
lo que creí.

CORO. Llegó el momento más solemne
para la historia del país.
La compañera de su vida
el soberano va á elegir.

(En este momento Carmín aparece en la primera izquierda y anuncia.)

CARMÍN. ¡Señores! El emperador.

CORO. La corte os aclama
por dueño y señor.
¡Dios guarde la vida
del emperador!

GUILLER. (Ap. á él.) Pasa revista
para escoger.

(Valentín, saludando á todos, recorre la fila de cortesanos fijándose atentamente en las damas. Luego vuelve al lado de Guillermo.)

VALENTÍN. Todas son guapas,
no sé qué hacer.

(Carmín se adelanta hacia Valentín y le presenta una banda azul en una gran bandeja.)

CRISTETA. ¡Duda! ¡No me quiere!

SOFÍA. ¡No es él! ¡Ay de mí!

(Valentín toma la banda, mira fijamente á Cristeta y se dirige á ella resueltamente.)

VALENTÍN. Para ella es la banda;
mi amor está allí.

GUILLER. (Sujetándole.) Detente, aguarda.
¿Qué vas á hacer?

VALENTÍN. Pido á Cristeta.

GUILLER. ¡No puede ser!

(Curiosidad manifiesta en todos los circunstantes.)

VALENTÍN. Es la que quiero.

GUILLER. ¡Digo que no!
Aunque tú eres el que escoge,

quien se casa aquí soy yo.
Elige aquélla. (Señalándole disimuladamente á Sofía.)

VALENTÍN. ¿Aquella?

GUILLER. ¡Si!

(Valentín vacila mirando alternativamente á Cristeta y á Sofía.)

¡Si no obedeces,
mueres aquí!

(Valentín se decide ante la amenaza y avanza hacia Sofía.)

SOFÍA. A mí se se dirige.
¡Murió mi ilusión!

(Valentín llega hasta Sofía y con toda solemnidad coloca la banda sobre su hombro.)

VALENTÍN. Aceptad, señora,
esta distinción.

CORO. ¡Ya el soberano
tiene mujer!

VALENTÍN. (También es guapa.
¡Cómo ha de ser!)

CRISTETA. ¡Ah, traidor, infame,
que al fin me engañó! (Cae desmayada en brazos de algunas damas.)

GUILLER. (El es el que escoge,
quien se casa, yo.)

(Valentín ofrece la mano á Sofía y ambos desfilan ante la corte, seguidos de Guillermo, yéndose por la puerta del foro.)

CORO. Dios proteja á la elegida
y á su esposo haga feliz.
Goce en calma larga vida
la futura emperatriz.

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Gran salón en el palacio imperial.

ESCENA I

DAMAS Y CABALLEROS. Después SOFÍA.—VALENTÍN.

Música.

CABALL. Ella es discreta
y él es apuesto,
ella es hermosa
y él es galán.
DAMAS. Pues no quisiera
verme en el puesto
de la duquesa
de Monterdán.
CABALL. ¿Por qué?
DAMAS. No sé,
pero que hay enigma
bien claro se ve.
No están alegres, no están tranquilos,
hay una intriga de mala fe,
y el secretario tiene los hilos
y es el que manda, no sé por qué.

CABALL. Eso es verdad;
su majestad
pronto ha perdido
la voluntad.

TODOS. De este misterio extraordinario
pronto sabremos la verdad;
si no lo aclara el secretario,
lo ha de decir su majestad.

DAMAS. (Mirando á la derecha.) Lentamente llega
la dama elegida,
pálida, ojerosa,
cariacontecida.

CABALL. (Mirando á la izquierda.) Por aquí se acerca
el emperador;
viene cabizbajo,
tiene mal humor.

(Salen Sofía por la derecha y Valentín por la izquierda simultáneamente.)

DAMAS. (Saludando á Sofía.) Señora...

CABALL. (Saludando á Valentín.) Señor...

SOFÍA. Estas entrevistas
me causan terror.

VALENTÍN. Estoy asustado,
no tengo valor.
(A Sofía.) A hablar con vos me envía
el jefe del gobierno,
cumpliendo la etiqueta
que yo no sé lo que es.

SOFÍA. Razón que desconozco
nos une en lazo eterno.
Señor, besoos las manos.

VALENTÍN. Señora, á vuestros pies.

CORO. Ella es modelo
de cortedad,
y está asustado
su majestad.

VALENTÍN. Despejad.

SOFÍA. Despejad.

CORO. (Retirándose.) No están alegres, no están tran-
[quilos,
hay una intriga de mala fe,
y el secretario tiene los hilos
y es el que manda, no sé por qué.

No sé
por qué,
pero que hay misterio
bien claro se ve. (Vanse.)

ESCENA II

SOFÍA.—VALENTÍN.

Hablado.

VALENTÍN. (Dios me saque con bien de este paso.)
SOFÍA. (¡Si yo lograse hacerle renunciar!)
VALENTÍN. Señora...
SOFÍA. Señor... (Pausa larga.)
VALENTÍN. (Y de ahí no vamos á salir. ¿Cómo se arreglarán los emperadores para estas cosas?)
SOFÍA. Decíais ..
VALENTÍN. (Después de dudar.) No, nada. (¡Y es guapa la duquesita de Monterdán! ¡Desgraciada Cristeta!) Después de aquello de la banda creo que... ¡vamos! que no tenemos nada que hablar.
SOFÍA. Señor, yo estoy profundamente agradecida á la distinción con que vuestra majestad me honra, pero...
VALENTÍN. (¡Hola! ¿Hay un pero?) Seguid.
SOFÍA. Siento disgustar á vuestra majestad.
VALENTÍN. ¡No, ca! No tengáis cuidado. (¡Nada, que es muy linda!)
SOFÍA. Pero os agradecería que me dijerais qué móvil os guió al elegirme.
VALENTÍN. ¿Móvil? No fué un móvil. Fué mi secretario.
SOFÍA. ¡El!
VALENTÍN. Justo, él. Sin duda os conoce mucho y comprende que nadie más que vos merece llegar á ser emperatriz. Pero no vayáis á creer que yo no lo hice con mucho gusto, ni que estoy arrepentido.
SOFÍA. ¡Ojalá!
VALENTÍN. ¿Cómo?

SOFÍA. Que ojalá pudiera pagaros el honor que me hacéis.

VALENTÍN. ¡Anda! Pues eso es muy fácil.

SOFÍA. ¿Sí?

VALENTÍN. ¡Vaya! Queriéndome como yo os pienso querer y no abandonándome aunque cambiemos de posición el día menos pensado.

SOFÍA. ¿Qué decís?

VALENTÍN. Que, por lo menos, cuando me quiten de emperador me quedaré de duque. (¡Anda! Ya dije una tontería.)

SOFÍA. No os comprendo, señor. ¿Creéis que el imperio peligra?

VALENTÍN. ¡Ca! Tranquilizaos, no peligra el imperio. Lo he dicho porque... vamos, porque por si acaso bueno es ponerse en lo peor. (Pausa.)

SOFÍA. (¿Qué es esto? El galán desconocido, el que dice que me ama, le induce á que me elija por esposa, y el emperador no habla claro. ¿Se burlarán de mí?)

VALENTÍN. (Pues señor, ¡vaya una entrevista de novios! Parece una visita de duelo.)

SOFÍA. (Es preciso salir de dudas.)

VALENTÍN. (Tengo que atreverme á algo, aunque sea poco, porque si no, ¿qué pensará de mí esta dama?)

SOFÍA. Señor...

VALENTÍN. Señora...

SOFÍA. Perdonad si os pregunto... Pero no; más tarde. (No me decido.)

VALENTÍN. También yo quisiera deciros que... Pero luego será mejor. (Nada, que no rompemos.)

(Pausa durante la cual se miran ambos de reojo demostrando evidentes deseos de reanudar la conversación sin que ninguno de ellos se atreva á empezar. Ataca la orquesta y en el momento en que Valentín, haciendo un esfuerzo, va á romper á hablar, aparece Guillermo por el foro derecha.)

ESCENA III

DICHOS.—GUILLERMO.

Música.

GUILLER. (Á Valentín.) Con licencia de vuestra majestad.
VALENTÍN. (A mal tiempo llegó el emperador.)
GUILLER. (Á Sofía.) Mi osadía, señora, perdonad.
SOFÍA. (Que no vea la llama de mi amor.)
GUILLER. (Á Sofía.) El soberano augusto
que os ha elegido esposa
es tímido, apocado,
de un alma candorosa.
No encuentra las palabras
que pinten su pasión,
y encarga al secretario
que cumpla esa misión.
(Á Valentín.) ¿No es eso verdad?
VALENTÍN. Sí que lo será.
GUILLER. Pues voy, con el permiso
de vuestra majestad.
(Se acerca á Sofía. Valentín queda acobardado en segundo término.)
Señora, yo os adoro,
vos sois mi dicha entera,
y á vuestros pies pondría
cien vidas que tuviera.
VALENTÍN. Eso ya me parece
que es mucha libertad.
GUILLER. (Á Valentín.) Estoy hablando en nombre
de vuestra majestad.
VALENTÍN. Mil gracias entonces
por tanto favor.
¡Qué papel tan bonito le dejan
al emperador!
GUILLER. (Á Sofía.) De vuestros frescos labios
pendiente está mi suerte;
con ellos dadme vida
ó condenadme á muerte.
VALENTÍN. (¡Me estoy divirtiendo!)

GUILLER. Hablad, por favor.
SOFÍA. (Ahora es preciso
que vea mi amor.)
Os amo, y vuestra siempre
será mi vida entera,
y sólo en vuestros brazos
feliz morir quisiera.
GUILLER. ¡Vais á enloquecerme
de felicidad!
SOFÍA. Estoy contestando
á su majestad. (Señalando á Valentín.)
VALENTÍN. Mil gracias, señora,
por tanto favor.
(¡Qué papel tan bonito le dejan
al emperador!)
GUILLER. Señora, yo os adoro;
vos sois mi dicha entera, etc.
SOFÍA. Os amo, y vuestra siempre
será mi vida entera, etc.
VALENTÍN. ¡Qué papel tan bonito le dejan, etc.

Hablado.

GUILLER. Me fascinan vuestros encantos, señora. El trono me parece premio escaso para vuestro mérito.
VALENTÍN. (¡Si yo me hubiera portado así antes!) ¡Bien dicho!
GUILLER. ¡Callad! Hablo por vos.
VALENTÍN. (Bueno.)
SOFÍA. (¿Qué misterio es éste?)
GUILLER. ¿Me amaréis algún día?
SOFÍA. Ya os lo he dicho. Un secreto impulso me arrastra hacia vos, y os he dado mi alma.
GUILLER. ¡Bendita esa boca mil veces! (Pretende besarla la mano.)
SOFÍA. (Rechazándole suavemente.) ¡Eh, señor secretario, retiraos! Contesto al emperador.
VALENTÍN. Justo, y el emperador es quien debe besarla la mano.
GUILLER. Apartaos, señor; la etiqueta os lo impide.
VALENTÍN. (Muy bien. Y para los secretarios no hay etiqueta.)

GUILLER. Y vos, señora, disponeos para la ceremonia de los desposorios. Vuestras damas os esperan.

SOFÍA. ¡Cómo! ¿Ya? Pero... ¿es cierto?

GUILLER. (Bajo á ella.) Tranquilizaos. Os uniréis á quien os ama y á quien amáis.

SOFÍA. (Idem.) ¿Casándome con el emperador?

GUILLER. (Idem.) Casándoos con el emperador.

SOFÍA. (¡Ah! Se burlan ambos. Estaré prevenida.) (Saluda y vase derecha.)

GUILLER. Valentín, ha llegado el momento. Prepárate á cederme el sitio.

VALENTÍN. Señor, ¿no lo podíamos dejar para mañana?

GUILLER. ¡Silencio! ¡Sígueme! (Vase izquierda.)

VALENTÍN. Resulta que me voy á quedar sin la duquesita, sin Cristeta, y hasta sin el pan y el hueso de la señora Bernarda. (Vase izquierda.)

ESCENA IV

FERRANDO.—CRISTETA.

FERRAN. (Saliendo por el foro izquierda.) Esta mujer es un torbellino. ¡No se puede con ella! Pasad si gustáis, y esperad en este salón.

CRISTETA. ¿Mucho tiempo? Mirad que estoy esperando en todos los salones, señor comisario.

FERRAN. Capitán.

CRISTETA. Bueno, capitán, y me falta poco para cansarme.

FERRAN. El señor presidente no estará visible hasta que termine la ceremonia.

CRISTETA. ¿Qué ceremonia?

FERRAN. La de los desposorios.

CRISTETA. Pero entonces ¿para qué necesito yo al presidente ni á nadie?

FERRAN. Pues ¿qué pretendéis?

CRISTETA. Muy sencillo. Impedir á toda costa que Valentín se case con ninguna mujer que no sea yo. ¡Me lo ha dicho mil veces!

FERRAN. Pero de Valentín ya no queda ni rastro, y el emperador ya se ha dignado elegir esposa.

CRISTETA. Dejaos de cuentos. Si Valentín era príncipe, como tal príncipe se comprometió conmigo, y el presidente me ofreció que yo sería la elegida comprendiendo que sólo así quedaba bien el emperador.

FERRAN. (Nada, que no hay quien la convenza.) Pues yo os aconsejo que no insistáis, ó me veré obligado á impedíroslo por la fuerza.

CRISTETA. ¿De veras, señor comisario? ¡Os olvidáis de que soy marquesa y de que pertenezco á la servidumbre del emperador!

FERRAN. Bueno; pero ni el señor presidente puede alterar las leyes, ni podéis verle ahora.

CRISTETA. ¡Ah! Esperad. Pero ¿puedo hablar á la que va á ser emperatriz?

FERRAN. Tampoco. Está con sus damas disponiéndose para acudir á la capilla.

CRISTETA. Me alegro; yo soy dama también, y tendré entrada en su cámara.

FERRAN. ¡No, deteneos! (¡Pues buena la hacíamos!) Prefiero avisarla.

CRISTETA. Pues andad, que hay prisa.

FERRAN. (Esta mujer va á revolver el palacio.) (Vase por la derecha.)

CRISTETA. Sí, ella me entenderá en seguida y no consentirá que la engañen. Lo mejor es decir las cosas claras. Además, según dicen por ahí doncellas y pajes, la duquesa de Monterdán de quien está enamorada es del secretario. ¡Si yo pudiese ver al secretario! ¡Ah! Aquí está la duquesa. (Salen por la derecha Sofía y Ferrando. La primera con el velo de desposada, muy tupido, que la cubre completamente el rostro.)

FERRAN. Esta dama es la que pretende hablaros, señora.

SOFÍA. Está bien, retiraos. (Vase Ferrando. Sofía se descubre alzando el velo.)

ESCENA V

CRISTETA.—SOFÍA.

Música.

SOFÍA. ¿Por qué me buscáis?
Decid qué queréis.
CRISTETA. Quiero que me oigáis
si no os ofendéis.
SOFÍA. Hablad.
CRISTETA. Oíd.
¿Es verdad, señora,
que sois la elegida
del emperador?
SOFÍA. Tengo ese honor.
CRISTETA. ¿Es verdad que pende
toda vuestra vida
de otro amor mayor?
SOFÍA. ¿Cuál otro amor?
CRISTETA. Dicen, duquesa,
que en lo más hondo
guardáis recuerdos
que os dan placer,
y que protestan
allá en el fondo
del sacrificio
que vais á hacer.
SOFÍA. ¡Callad, mujer!
¿Quién sois? ¿Quién os trajo?
¿Por qué los dolores
venís de mi herida
cruel á aumentar?
¿Quién dijo que sufro
secretos amores
que no ha permitido
la suerte lograr?
CRISTETA. Escuchad.
Soy la que estaba prometida
al elegido emperador,
que me juró darme su vida

y se ha olvidado de su amor.

SOFÍA. A renovar venís la herida
que me enloquece de dolor;
también tendré toda mi vida
las amarguras del amor.

CRISTETA. Nuestro sino es fatal.

SOFÍA. Nuestra pena es igual.

CRISTETA. ¡Soy la que estaba prometida, etc.

SOFÍA. ¡A renovar venís la herida, etc.

Hablado.

SOFÍA. Explicaos.

CRISTETA. La historia es muy sencilla. El príncipe vivió en mi hospedería disfrazado de zagal; se enamoró de mí; me lo dijo, le correspondí, porque creí que era verdad lo que me decía, y nos juramos amor eterno.

SOFÍA. ¿Por qué, entonces, no os impuso la banda?

CRISTETA. No lo sé. Su voluntad seguramente era esa. Pero alguien debió decirle que os eligiera á vos.

SOFÍA. ¡Alguien!

CRISTETA. Sí, su secretario sin duda.

SOFÍA. (¡Infame! El ha sido. Pero ¿qué le hice yo para que pretendiera burlarse de ese modo?)

CRISTETA. Como comprenderéis, lo que se pretende hacer conmigo no es justo, y solo vos, señora, podéis remediar el daño.

SOFÍA. (¡He aquí el instrumento de mi venganza.) Oíd. ¿Estáis resuelta á todo para obligar al emperador á cumplir su palabra?

CRISTETA. ¡A todo!

SOFÍA. ¿Aunque corráis algún peligro?

CRISTETA. Con tal de impedir que no me abandone, no vacilaría ante ningún obstáculo.

SOFÍA. Pues bien, podéis conseguirlo.

CRISTETA. ¡Cómo! ¿Me ayudaréis vos misma?

SOFÍA. Sí, y ya veréis de qué modo. (¡El castigo va á ser proporcionado á la ofensa.) Seguidme.

CRISTETA. Obedezco. (¿Qué pensará hacer?) (Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

CARMÍN.—JOSÉ.—Luego GUILLERMO.

JOSÉ. (Saliendo con Carmín por el foro derecha.) Anda, avisa inmediatamente al secretario de su majestad.

CARMÍN. ¿Quién digo qeu le espera?

JOSÉ. El hombre de la hostería. (Vase Carmín por la izquïerda.) No podrá decir el emperador que no le he servido fielmente. He podido reunir á casi todos los emigrados y ocultos en palacio están para dar el golpe decisivo. ¿Qué golpe será ese? Pero sea el que sea, ¿á mí qué me importa? El caso es que Valentín se case con la duquesa y que Cristeta quede libre. (Sale Guillermo izquierda.)

GUILLER. ¿Has cumplido mis órdenes?

JOSÉ. Todas.

GUILLER. ¿Habéis hallado alguna dificultad?

JOSÉ. Ninguna. El centinela del postigo de la huerta nos franqueó el paso al oir la palabra convenida.

GUILLER. Y ¿dónde están mis hombres?

JOSÉ. En la cámara de servicio al lado de la capilla.

GUILLER. Pues bien, vé y diles... O si no, guíame. Aún queda tiempo. Prefiero ir yo mismo á darles instrucciones.

JOSÉ. (Yéndose por el foro derecha.) Por aquí, señor.

ESCENA VII

CORO DE DAMAS.—CRISTETA.

Música.

CORO. (Saliendo primera derecha.) Salgamos, señora.
Nos esperan ya.
¡Feliz el esposo
que aguardando está!

(Sale Cristeta, cubierto por completo el rostro con el mismo tupido velo de desposada que sacó Sofía poco antes y vanse por el foro izquierda.)

ESCENA VIII

GUILLERMO.

Hablado.

Dispuesto está. Ya tengo
mis hombres preparados
á dar el testimonio
que sea menester,
cuando ante los ministros,
magnates y soldados
recuperar decida
las riendas del poder.
La intriga me ha servido
para saber que un germen
de envidias y ambiciones
palpita en derredor;
que las pasiones luchan
mientras los pueblos duermen,
¡y no es tarea fácil
el ser emperador!
Para probar el temple
de la mujer amada,
aparecí á sus ojos
como traidor y ruin.
Ya del amor destellos
he visto en su mirada;
ya es hora de que llegue
de la comedia el fin.
Cuando ella desposarse
con ese imbécil crea,
yo iré á ocupar el puesto
del mísero zagal.
Y ha de quedar atónita
cuando surgir me vea
la multitud brillante
del séquito imperial.

Eso es lo que yo busco:
que á todos amedrente
mi rasgo de energía,
de audacia y de valor.
Que sólo así se logra
mandar á mucha gente;
¡que no es tarea fácil
el ser emperador!

ESCENA IX

GUILLERMO. — FAJARDO. — FERRANDO. — SOLDADOS. Al fin SOFÍA.

FAJARDO. (Saliendo con Ferrando y un piquete de guardias por la segunda izquierda.) ¡Hola! ¿Qué hacéis aquí, señor secretario?

GUILLER. Esperar vuestras órdenes, señor presidente.

FAJARDO. ¡Cómo! ¿No os ha permitido el emperador que asistáis á la ceremonia?

GUILLER. Sí; he tenido el honor de ser invitado.

FAJARDO. Pues ¿qué aguardáis entonces?

GUILLER. La salida de sus majestades.

FAJARDO. Mal empezáis el servicio, porque hace tiempo que los cortejos de ambos contrayentes salieron para la capilla.

GUILLER. ¡Eh! ¿Qué decís?

FAJARDO. Que cuando queráis acudir tal vez lleguéis tarde. Yo voy á preparar el contrato que ha de firmarse inmediatamente.

GUILLER. ¿El contrato? ¡Ea, basta! Se acabó. ¡Eso no puede ser!

FAJARDO. (Asombrado del desplante.) ¡Señor secretario!

GUILLER. ¡Señor presidente! Digo que no puede ser porque esos esponsales son absurdos, ¿oís? ¡Y voy á intervenir en seguida! (Va á marcharse.)

FAJARDO. (Cortándole el paso.) ¡Deteneos! Ahora soy yo quien os prohibe que vayáis.

GUILLER. ¿Vos?

FAJARDO. Sí, yo; explicad vuestras palabras.

GUILLER ¡Dejadme en paz!

FAJARDO. ¡Quieto! Por algo me erais sospechoso desde

que hicisteis que el emperador impusiera la banda á la duquesa de Monterdán, faltando á lo convenido.

GUILLER. ¡Imbécil!

FAJARDO. ¡Cómo!

GUILLER. ¿Pero no veis que todo eso es una farsa? ¿que el que se casa soy yo?

FAJARDO. ¿Qué dice este hombre? Capitán, cerradle el paso.

FERRAN. ¡Atrás!

(Los soldados cierran la salida por toda la parte izquierda.)

GUILLER. ¿A mí? ¡Soldados! Apartad. ¿Sabéis quién os lo manda?

SOFÍA. (Saliendo precipitadamente por la primera derecha.) ¡Deteneos!

GUILLER. (Volviendo la cabeza y mirándola asombrado.) ¡Ella! ¡Dios mío! ¿Con quién me estaré yo casando?

FAJARDO. ¡Está loco! ¡Prendedle!

(El capitán y los soldados se dirigen hacia Guillermo para sujetarle. Guillermo desnuda la espada y queda en actitud de defensa. Sofía acude á él como si quisiera prestarle amparo.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Galería.

ESCENA X

CRISTETA.—VALENTÍN.—DAMAS.—CABALLEROS.

Música.

(Desfile de la comitiva nupcial. Salen lentamente por la izquierda Cristeta y las damas. Al llegar al centro del escenario Cristeta alza un momento el velo de desposada que la cubre el rostro y dice:)

CRISTETA. Por fin me caso
con mi pastor,
que está muy guapo
de emperador.

(Van desfilando por la derecha. Entre tanto salen por la izquierda Valentín y el coro de caballeros.)

VALENTÍN. Por fin me caso,
tierno y galán,
con la duquesa
de Monterdán.

(Vanse todos lentamente por la derecha.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

El mismo salón del primer cuadro.

ESCENA XI

BERNARDA.—CARMÍN.

(Bernarda quiere pasar hacia la izquierda y Carmín trata de impedirle el paso.)

BERNAR. ¡Pues no he de poder entrar, si es mi hija la que se está casando!

CARMÍN. ¿Vuestra hija?

BERNAR. ¡Sí, sí; mi hija! ¿Y te parece á ti bien que la suegra del emperador se pase guardando ovejas en el monte el día de la boda?

CARMÍN. Si lo ha mandado el emperador mismo...

BERNAR. Lo mandó antes de ser mi yerno, pero ahora que ya lo es... ¡nos veremos las caras!

(Óyese dentro gran rumor de voces y gritos como si una multitud indignada pasara discutiendo acaloradamente por detrás del fondo.)

CARMÍN. ¡Eh! ¿Qué será eso?

BERNAR. Debe suceder algo grave.

CARMÍN. Aquí viene el emperador.

ESCENA XII

DICHOS.—VALENTÍN.

VALENTÍN. (Entrando por el foro izquierda asustado, trémulo y descompuesto.) ¡Ay! ¡ay! Señora Bernarda... ¡Nos hemos lucido! ¿Y el empe... digo, y mi secre-

tario? (A Carmín.) ¿No has visto á mi secretario?

CARMÍN. Está preso.

VALENTÍN. ¡Preso! ¿El emperador preso?

CARMÍN Estáis trastornado, señor. ¡Habéis llamado emperador al secretario!

VALENTÍN. Pero ¿quién ha hecho ese disparate?

CARMÍN. Le hizo prender el señor presidente del Consejo.

VALENTÍN. Ese animal tenía que haber sido.

CARMÍN. Seguís trastornado, señor. Habéis llamado animal al señor presidente.

VALENTÍN. No soy yo solo. ¿Y qué han hecho con él?

CARMÍN. Conducirle al cuerpo de guardia de palacio.

VALENTÍN. ¿Al cuerpo de guardia? Bueno, él saldrá de allí; pero ¿á mí quién me saca de este apuro ahora?

BERNAR. Pero ¿qué le pasa á vuestra alteza?

VALENTÍN. ¿Que qué me pasa? ¡Poca cosa! Que yo no soy alteza, ni majestad, ni Valentín, ni nada. Que no soy más que un desgraciado que se está jugando la cabeza.

CARMÍN. ¿Veis? Delira.

VALENTÍN. ¡Qué he de delirar! ¡Qué más quisiera yo!

BERNAR. Bueno, pero decid qué ha sucedido. ¿No os habéis casado con Cristeta?

VALENTÍN. ¡Qué me he de casar, señora! Ni con Cristeta ni con la duquesa de Monterdán. Ni me he casado con nadie. Soy mozo soltero.

BERNAR. ¡Os habéis vuelto atrás!

VALENTÍN. ¡Pues si no me hubiera vuelto atrás para echar á correr, no sé lo que hubiera pasado! Figuraos que todo iba perfectamente, cuando al preguntarme que si aceptaba por esposa á la duquesa de Monterdán, sale, de no sé dónde, una voz que dice: «¡Pero si ésa no es la duquesa!» Yo ¡claro! me quedé con la respuesta en el cuerpo; los ministros se asustaron, el oficiante se quedó mudo de asombro, los guardias prepararon las armas y las damas empezaron á dar chillidos. Repuestos de la primera sorpresa, descubrimos el rostro de mi prometida, que no movía pie ni mano, y

¿á qué no sabéis lo que había hecho el demonio? Cambiar la figura de la duquesa por la de vuestra hija. Yo me puse pálido, los demás de la comitiva se pusieron lívidos, y cuando nadie sabía qué partido tomar, la misma voz de antes gritó de nuevo: «¡Ni ese mamarracho que está ahí es el emperador!» ¡Ay! Yo hubiera dado cualquier cosa por que me hubiese tragado la tierra. Como el desconocido había acertado la primera vez, todo el mundo empezó á sospechar que podía acertar también la segunda. Los hombres me miraban foscos, las mujeres con curiosidad maliciosa, de todos los rincones de la capilla venía hasta el altar un *rum rum* como de tormenta .. ¡Nadie sabía cómo entenderse! A mí se me puso un nudo en la garganta y no pude decir «este mamarracho es mío», digo esta boca es mía, y entre tanto el barullo iba creciendo sin cesar, los eclesiásticos recogían á toda prisa los ornamentos, los magnates me rodeaban con malas intenciones, las damas amenazaban con las uñas á Cristeta, y, en fin, aquello no parecía una corte de ceremonia, sino una plaza pública en día de asonada.

CARMÍN. Vuestra majestad pudo llamar á la guardia entonces.

VALENTÍN. Sí, pero, no sé por qué, le tengo yo cierto reparo á la guardia, y preferí dar media vuelta y escurrirme entre el tumulto.

BERNAR. ¿Y mi hija?

VALENTÍN Hizo lo que tenía que hacer para salir del paso. Desmayarse.

BERNAR. ¡Infeliz! Voy á verla.

CARMÍN. No os molestéis; aquí la traen.

BERNAR. ¡Dios mío! ¡Me voy á quedar sin ella!

VALENTÍN. Lo que yo siento es que también os vais á quedar sin yerno, tal como se han puesto las cosas.

ESCENA XIII

DICHOS.—CRISTETA.—FAJARDO.—MINISTROS.—DAMAS.

(Fajardo y algunas damas vienen sosteniendo á Cristeta, que avanza trabajosamente, como si acabara de salir del desmayo.)

FAJARDO. Tranquilizaos, señora, y hablad.
BERNAR. ¡Cristeta! ¡Hija mía! (Corriendo á su encuentro.)
FAJARDO. (Deteniéndola con un ademán.) ¡Eh! Apartaos. ¿Quién ha dejado entrar aquí á esta mujer?
BERNAR. ¿Cómo que quién? ¡Soy la madre de la emperatriz!
CRISTETA. Callaos, madre; no soy emperatriz. Soy muy desgraciada.
BERNAR. ¡Esto ha sido una picardía de aquél!
VALENTÍN. ¿Yo? ¿A que van á decir ahora que tengo yo la culpa?
CRISTETA. ¡No, no ha sido sólo Valentín! La culpa es vuestra, señor presidente.
FAJARDO. ¡Mía!
CRISTETA. Sí, vuestra; me ofrecisteis que yo sería la elegida y me habéis engañado. Por eso accedí á los ruegos de la duquesa y ocupé su puesto.
FAJARDO. ¡Un nuevo embrollo! ¡Otro conflcto para el gobierno!
VALENTÍN. ¡Cómo! Pero ¿ha sido la misma duquesa la que te envió en su lugar?
CRISTETA. Sí, porque está enamorada del secretario.
FAJARDO. ¿Del secretario?
VALENTÍN. (¡Ay! ¡Me cuelgan! ¡Vaya si me cuelgan!)
FAJARDO. ¿Qué decís á esto, señor?
VALENTÍN. Que me cuelgan; digo, que lo mejor será que venga el secretario.
FAJARDO. No puede ser. He tenido que hacerle encerrar.
VALENTÍN. ¿Por qué?
FAJARDO. Porque el desgraciado se ha vuelto loco.
VALENTÍN. ¿Sí, eh? (¡Menos mal que también le cuelgan á éste!)
FAJARDO. No nos queda más recurso para desenredar la

intriga que hacer que declare el que ha dado las voces.

VALENTÍN (¡Valiente recurso! ¡Dios no lo quiera!)

FAJARDO. He dadó las órdenes convenientes para cerrar todas las salidas y para que conduzcan á mi presencia á toda persona sospechosa que se encuentre en palacio.

VALENTÍN. ¿Y si se escapó en los primeros momentos?

FAJARDO. La policía de la ciudad se encargará de buscarle inmediamente.

VALENTÍN. ¡Ah! ¿La policía? (Entonces ya puedo estar tranquilo, porque no parece.) (Sale José por e foro izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS.—JOSÉ.

JOSÉ. No tiene nadie que andar dando vueltas. El que buscan por ahí soy yo.

CRISTETA. ¡José! ¡Ah, infame!

VALENTÍN. (¡Ay! Este lo sabe todo.)

FAJARDO. ¡Cómo! ¿Fuiste tú el que promovió el alboroto en la capilla?

JOSÉ. El mismo, señor presidente.

FAJARDO. ¡Hase visto osadía semejante! Pues bien, si no pruebas lo que dijiste pagarás ahora mismo tu atrevimiento.

JOSÉ. De lo primero que dije la prueba está á la vista, puesto que ésta no es la duquesa de Monterdán, á quien conocéis todos.

CRISTETA. ¡Tú habías de ser!

JOSÉ. Ya te dije que haría muchas cosas si no volvías á quererme.

FAJARDO. ¡Hola! ¡Otro conflicto! (A los ministros.) Tenemos mucha desgracia, señores. (A José.) Sigue.

JOSÉ. Y que aquel mozo no es el emperador no hay que probarlo, porque ni él mismo se atreverá á decirlo ahora.

FAJARDO. Confunda vuestra majestad á este insolente.

VALENTÍN. ¿Y cómo, si soy yo el que está confundido?

JOSÉ Conque en vez de castigarme debéis darme

un premio, puesto que he descubierto la trampa.

FAJARDO. De modo que nos hemos quedado en un instante sin emperador y sin emperatriz... ¡No va á haber más remedio que proclamar otra vez la república!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS.—GUILLERMO.—SOFÍA.—Un grupo de emigrados.—Un piquete de guardias.

GUILLER. (Saliendo al frente de todos por el foro derecha.) No corre prisa, señor presidente. Soldados, ¡guardad las salidas! (Los soldados se distribuyen convenientemente.)

FAJARDO. ¡El secretario libre! ¿Qué pasa aquí?

GUILLER. Que os prometí hacer carrera y cumplo mi palabra. La nación tiene emperatriz y emperador.

FAJARDO. ¿Dónde están?

GUILLER. Aquí. ¿Todavía no lo habéis comprendido?

VALENTÍN. ¡Sí! ¡El es el emperador!

GUILLER. Ese infeliz no es más que un monigote.

VALENTÍN. Muchísimas gracias

GUILLER. Por si alguien lo duda aún, conmigo vienen los leales, los que me conocen, los que me acompañaron en el destierro. ¡Sí! Soy el emperador, y voy á empezar á hacer justicia. Valentín tendrá una renta de quinientas libras para que se case con Cristeta.

VALENTÍN. ¡Quinientas libras! ¡Yo quinientas libras!

CRISTETA. ¡Qué bueno es el secretario, digo, el emperador!

GUILLER. Este mozo (por José) se consolará quedando á mi servicio.

FAJARDO. ¿Y yo, señor?

GUILLER. Vos saldréis desterrado inmediatamente, para no volver en vuestra vida al imperio. Pero no iréis solo. Os acompañarán todos los ministros.

FAJARDO. Señor, yo os ruego...

GUILLER. ¿No queríais que el emperador fuera un espantapájaros? Pues éstos son los primeros pájaros que espanta. Y ahora, caballeros, damas, soldados... ¡saludad á la duquesa de Monterdán, que es la verdadera emperatriz!

Música.

TODOS.

Gozará la nación
generosa y leal
al saber la elección
de su alteza imperial.
Dios les va á conceder
un reinado feliz.
¡Viva el emperador!
¡Viva la emperatriz!

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. id.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música de maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches y D. José López Silva, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa; música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¿Quo vadis?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada ¿Quo Vadis?), en un acto dividida en seis cuadros, en prosa, original de Sinesio Delgado, música del maestro Chapí.

El rey mago, cuento para niños en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en prosa y verso, música de los maestros Vives y Morera.

Esta obra se vende únicamente en el domicilio de la **Sociedad de Autores,** Salón del Prado, 14, hotel, Madrid.

Precio de cada ejemplar. **Dos pesetas.**